EMBRUJAMIENTO



EMBRUJAMIENTO

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30 —MADRID

J. LOPEZ PINILLOS

(PARMENO)

EMBRUJAMIENTO

Drama trágico en tres actos y en prosa

MADRID

LIBRERÍA DE ALEJANDRO PUEYO

Avenida del Conde de Peñalver, 16

1923

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

TEATRO

El vencedor de si mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
Lo otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)
Las alas. (Comedia.)
Esclavitud. (Drama.)
Caperucita y el lobo. (Comedia.)
La red. (Drama.)
El condenado. (Drama.)
Como el humo. (Drama.)
Là tierra. (Tragedia.)
El caudal de los hijos. (Drama.)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo.
Cintas Rojas.
El Luchador.

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.
Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.
Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.
Vidas pintorescas.—Gente gràciosa y gente rara.
En la pendiente.—Los que suben y los que ruedan.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Ana (24 años)...........	María Vila.
Felisa (50 años)...........	Camen Fernández.
Carmen (18 años)	María de Albéniz.
Juan Herrera (46 años).....	Enrique Borrás.
Eugenio Herrera (24 años).	Pío Davi.
Matías (46 años)..........	Leovigildo Ruiz Tatay.
Don Claudio (70 años).....	Francisco Urquijo.
Bruno (42 años)...........	Juan López Carrión.

Puede la acción desarrollarse en cualquier pueblo de España.

ACTO PRIMERO

Habitación de paso, amplia, limpísima y alegre, en casa de Juan Herrera, pelantrín que se va convirtiendo en rico labrador. A la derecha una puertecilla da entrada al aposento que sirve de escritorio. Por dos grandes arcos acristalados abiertos en la pared del fondo, se ve un patinillo en el que hay algunas flores en arriates y macetas. A la izquierda, en primer término, hay otro arco, éste adintelado y de menos luz que los del fondo; y en segundo término, una puerta que da acceso al interior del edificio. Los muebles son más rústicos que la estancia; sillas y sillones bastos y un velador cubierto por un tapete descolorido. Las cuatro estaciones en cuatro cromos abominables, y una lámpara herrumbrosa en forma de lira, son los objetos más lujosos que contemplan los amigos del propietario.

Ana y Felisa, junto a un cesto colmado de ropa blanca, remiendan y zurcen. La mocita es callada, grave y melancólica, y la anciana iracunda y parlanchina. Las dos visten con humildad, pero en la juventud lozanísima de Ana, son lujosos los trapos que la vejez de su madre empobrece.

ANA

Examinando una prenda que ha soltado Felisa.

Pero ¡qué chapucería, madre!

FELISA

De mal humor.

¡Otra te pego!

ANA

Si está como estaba.

FELISA

Pues que se quede así.

ANA

¿Así? ¡Vamos! *Resignadamente.* Lo coseré yo.

FELISA

Quitándole la prenda.

Trae acá. Si no fuese por ti, si no fuese por ayudarte... Porque la que me duele eres tú.

ANA

Bueno, madre.

FELISA

¡Y tan bueno! Lo que es por sus ilustrisimas...



ANA

Madre, no empiece usté.

FELISA

Jornaleros hasta la semana pasá como quien dice, y hoy presumiendo de obispos.

ANA

Con dulzura.

Bien sabe usté que no presumen. Y aunque presumieran, creo yo que no deben salir las críticas de bocas que comen su pan.

FELISA

¡Ah! ¿Pero nos regalan el pan? ¿No lo ganamos con nuestro sudor?

ANA

Con firmeza.

Como es justo.

FELISA

¡Justo, justo!... ¡Con lo que hizo por Juan tu padre!

ANA

Riéndose.

Pero el que debía las mil pesetas, ¿no era mi padre?

FELISA

¿Y los favores? ¿No se van a contar los favores? Pues si se cuentan ¿quién los hizo?... Y que tu padre no fué un cualquier cosa, sino un secretario de Ayuntamiento; es decir, un señor desde la coronilla hasta las uñas de los pies. Y el otro fué un gañán y es un gañán.

ANA

Sin alterarse.

¿Nada más que un gañán?

FELISA

Y un bruto.

ANA

Sonriéndose.

Ya escampa.

FELISA

¡Y un cicatero! Y ya le diría yo cuántas son cinco si no fuese por mi maldita cortedá.

ANA

Y todo por las botas.

FELISA

Por las botas. ¿No las necesito? Dentro de dos meses, cuando venga el invierno, ¿cómo me las apañaré pa que no me balden los dolores, sin unas botas forrás de lana? Mira la señá Pepa cómo se las ha mercao.

ANA

Pero la señá Pepa, teniendo muchos miles guardaos, es una pobre junto a su hijo Matías, que no le niega nada. Y nosotras...

FELISA

¡Y dale! Por nosotras, por nuestro cuidao se mantiene esta casa con el arreglo debío, y más hay en un arcón de esta casa que en toa la de

Matías. Sino que cuando se nace "mísere" el ansia de arrebañar no tié remedio.

Entra Matías en el patio por la derecha. Es un hastial dotado de una sonrisa tan infantil, una mirada tan candorosa y una expresión tan perfecta de infelizote, que hacen dudar de su hombría de bien. Viste de americana, pero con rusticidad y sin aseo.

MATÍAS

Desde el patio.

A la paz de Dios.

FELISA

Alegremente.

Entra, hijo, Matías, entra.

MATÍAS

Metiéndose en la habitación.

¿No he de entrar, si vengo por usté? Y eso que me molesta un poquillo, porque se siente aquí un calor...

FELISA

¿Calor?

MATÍAS

Pero ¿toavía no se ha fijao usté en que los ojos de Ana son dos soles de agosto?

FELISA

Riéndose.

¿Qué le parece a usté?

MATÍAS

Risueño también.

¿A que por no levantarlos de la ropa, con objeto de no mirarme, la queman?

ANA

Gravemente, pero sin acritud.

Gracias por la burla.

MATÍAS

Esa contestación sí que es una burla... y ya te lo demostraré, pimpollo. Pero, en fin, a lo que venía. *A la vieja, alegremente.* ¿A que no adivina usté lo que mi madre le ha traído de la capital?

FELISA

Conteniendo su júbilo de gorrona.

¿Hoy también? Pero, hijo, ¿de qué pasta de serafines está hecha tu madre que no se harta de favorecer a la gente?

MATÍAS

A la gente de oro de ley, como usté.

FELISA

Dándole una palmadita en el hombro.

Anda, embusterón. *Socarrada por la curiosidad.* ¿Y qué es lo que me ha feriao? ¿Piononos? ¿Cortaillos de sidra? ¿Suspiros de monja?

MATÍAS

No, no; si no es cosa pa el buche. Pero, silencio, Matías.

FELISA

Adivinando de súbito.

¡Ah!... Bueno; esta señá Pepa acabará en los altares. ¿A que se ha acordao de mis botas de abrigo?

MATÍAS

Risueño.

Que no, señá Felisa, que no me dejo meter los deos en la boca. ¿No ve que se ha empeñao en darle la sorpresa?... Aguardándola a usté se quedó.

FELISA

Levantándose.

Pues me llegaré en un vuelo. *Desde el patio.* Y que Dios te pague el aviso.

MATÍAS

Como la molestia ha sío tan grande...

Sale Felisa por la derecha.

ANA

Soltando la costura y mirándole fijamente.

¿Por qué no se va, Matías?

MATÍAS

¿Sin la contestación?

ANA

Ya le contesté.

MATÍAS

Pero de pronto, sin pensarlo. Y las cosas importantes se deben pensar. Fíjate bien en la entraña del problema y no te atreverás a decidir de sopetón. Fíjate en que me falta una tirá regularcilla pa los cincuenta años, en que soy un roble, y en que tengo más enmelao el corazón que un mozo de veinte abriles; fíjate en que tu situación es como pa que los ojos se te sequen de llorar...

ANA

Interrumpiéndole.

No tanto.

MATÍAS

¿Que no? ¿Estás bien aquí? ¿Contenta, satisfecha?... ¡A otro perro, Anita!

ANA

¿Y por qué no he de estar contenta?

MATÍAS

Porque vales mucho pa que te conformes con tan poco... y porque pués hacerte con tóo lo que necesitas. Vamos a ver, ¿no has ambicionao nunca ser la reina de una casa?

ANA

Con frialdad.

No tengo ambición.

MATÍAS

Pero aunque no tengas ambición, no serás tan humilde que te conformes con vivir como una criá.

ANA

Yo no vivo como una criá.

MATÍAS

¿Que no?... Mira que el pueblo es mu chiquitín pa que haya algo oculto. Y que, por añadiúra, más te conviene pasar por una criá que por otra cosa.

ANA

Secamente.

¿Qué quiere usted decir?

MATÍAS

Que los amos de este caserón—no te ofendas—son dos hombres solos.

ANA

¿Solos? ¿Están solos aquí? ¿Y mi madre?

MATÍAS

Y el que esté junto a ellos tu madre, ¿le endulza las intenciones o le tapa la boca al que es murmuraor?... Y murmura la mayoría, porque los cristianos, como yo, que van por el camino derecho, no se encuentran hoy ni buscándolos con un candil.

ANA

Pero ¿quién se atreverá a criticarnos? Los Herreras son parientes de mi madre.

MATÍAS

Sí, Juan es primo quinto de tu madre. Un gran parentesco, ¿verdad? ¡Cuidao que eres inocente! ¿Qué vale ese parentesco junto a su fama? ¿No sigue enamorándose Juan de cualquier escobón vestío?... Y si al lao del padre te perjudica la fama, a la vera del hijo te puen perjudicar las acciones... porque Ugenio es de esos que sin hablar, y en los terrenos más difíciles, se atreven a tóo.

ANA

Algo confusa.

Allá él, si usté no se engaña.

MATÍAS

No, allá tú, porque me estoy oliendo que le importas demasiao; si no, ¿cómo se explicaría su cambiazo conmigo? Eramos uña y carne y hoy somos gato y perro, por la sencilla razón de que ladra cuando me ve. Y me ladra por ti, y por ti me ha dao a entender, con indirectas de las que levantan ronchas, que le parece que le piso las asaúras cuando piso esta solería.

ANA

¿Y no se equivocará usté?

MATÍAS

¡Ojalá! ¡Pero no me equivoco! Le importas demasiao... y el Ugenio no es de fiar.

ANA

¿Y quién le ha dicho a usté que yo me fío?

MATÍAS

¿Y qué falta le hace a él que te fíes? ¿Te figuras que es de los que esperan el permiso pa vendimiar?... Pero ¿no ha llegao a tus oídos ninguna de las cien historias que de él se cuentan?

Eugenio al entrar en el patio oye las últimas palabras del hastial. El mozo es un campesino de ojos claros y penetrantes, boca enérgica y manos duras. Su traje de americana parece de buen corte por el señorío con que lo lleva.

EUGENIO

Desde el patio.

Cuénteselas usté. Porque supongo que se referirá usté a mí.

MATÍAS

Sin inmutarse.

Entra, hombre. En mentando al Ruin de Roma... *Risueño.* Y pon buena cara, que si hablaba de ti era en son de elogio. Vamos, a no ser que critique a un compañero el que asegure de él que es un vendaval por lo enamorao y lo decidío.

EUGENIO

Entrando en la habitación.

Ya adiviné su maniobra en el casino, compadre. No iba usté al corral, como dijo chillando pa que me enterase yo, sino al callejón, pa cogerme las vueltas y venirse aquí.

MATÍAS

Riendose.

Cualquiera se la da al niño. ¿Sabes que te podrías ganar la olla adivinando el pensamiento?

EUGENIO

Con un leve matiz de amenaza en el tono.

De manera que ¿no lo niega usted?

MATÍAS

Con una serenidad desafiadora.

Pa qué, si no quiero engañarte.

EUGENIO

Es decir, que confiesa que viene a mi casa a escondías.

MATÍAS

Justamente. Y confieso también que me escondo porque, como te estimo, me empeño en que no riñamos. Pero ¿quién tiene la culpa de que yo me esconda? ¿Quién me ha pedío, de cierto modo, que no éntre aquí?

EUGENIO

Yo.

MATÍAS

Pues tuya es la responsabilidá, y por ti me porte yo como un contrabandista, sin traer contrabando. ¡Sin traer contrabando! ¿Te enteras?

EUGENIO

Me entero. ¿Qué más?

MATÍAS

Que esto se acabó; que tú no volverás a ponerme la cara en vergüenza cogiéndome en un renuncio.

EUGENIO

Con una sonrisa desdeñosa

Será mejor.

MATÍAS

Socarrón.

Y no volverás a cogerme en un renuncio, porque desde hoy, si tu padre no me lo prohibe, entraré en esta casa con la misma libertá que tú.

EUGENIO

¿Aunque yo me oponga?

MATÍAS

Con frialdad.

Aunque tú te opongas. Mientras siga yo el camino derecho, nadie me ha de parar. Y lo sigo porque quiero a esta mujer, como los hombres honraos, a cara descubierta, pa casarme.

EUGENIO

¿Y si ella no le quiere?

MATÍAS

Incisivo.

¿Y si me quiere y lo oculta porque alguien esté emperrao en que no me quiera?

EUGENIO

Ese alguien ¿soy yo?

MATÍAS

Calmoso.

Tú mismo. Y eso está mal, muchacho. Vas a casarte con la hija de Joaquín el maderero, que apalea los millones. ¿Qué te importa lo que haga esta infeliz?

EUGENIO

Conteniéndose.

¿Y si me importase?

MATÍAS

Con decisión.

Si te importase... ¡Tu trigo no sería limpio!

EUGENIO

¿Insultos también?

MATÍAS

No, porque lo que te ofendiera con este motivo, la ofendería. ¿Y cómo voy yo a ofender a la

que he escogío pa esposa? *Con gravedad.* Vaya, no seas tonto, Ugenio. Déjame la mía, que ya ties la tuya.

ANA

Trémula de ira.

¿Es que yo soy de usté?

EUGENIO

Cada vez más dueño de sí mismo.

Calla. Y déjanos. Hazme el favor.

ANA

A punto de llorar.

Pero...

EUGENIO

Empujándola dulcemente.

Hazme el favor. No pasará ná. Estoy en mi casa.

MATÍAS

Y aunque estuviéramos en la calle; cuando no quiere uno, dos no pelean.

Sale Ana por la puerta de la izquierda.

EUGENIO

Aproximándose al jayán y hablándole en voz baja con punzadora acritud.

Bueno. Franqueza ahora que nadie nos oye. No consiento que se case usté con Ana, porque merece un marío mejor; un marío que no tenga cincuenta años como usté, que no preste dinero como usté, que no sea hipócrita y borracho como usté...

MATÍAS

Atajándole muy tranquilo.

Ni celoso como yo, ¿verdá?... ¡Ahí duele! Hay que buscar un marío tan fenomenalmente bueno que no sea posible encontrarlo, pa que Ana no se escape de aquí nunca. Aquí, contigo, aunque te cases con la maderera, ¿no? *Tendiéndole la diestra.* Chócala, camándulas, que con esa carita de monaguillo, eres un demonio viejo de los de mistó.

EUGENIO

Cogiendo la mano y apretándosela y bajando aún más la voz.

Y, si no lo fuera, lo sería dentro de cinco minutos, pa acabar con usté. ¿Viene preparao?

MATÍAS

Desdeñoso.

Yo siempre camino preparao.

EUGENIO

Entonces... ¡remataremos en el Coto esta conversación!

MATÍAS

¡Y no con palabras! *Dirigiéndose al patio.* Conque silencio y tira pa alante.

EUGENIO

No, por aquí que es más cerca. ¡Por el corral!

Salen por el arco de la izquierda, y en tal instante Don Claudio, que es el cura del pueblo, entra en el patio por la derecha. Es un pulquérrimo vejete cuyos aladares negrean más que sus hábitos, descoloridos por los soles de muchos lustros.

DON CLAUDIO

Al entrar en la estancia.

Bendito y alabado sea el Señor. *Después de unos segundos, alzando la voz y golpeando las losas con su bastoncillo.* Bendito y alabado sea el Señor.

Entra Ana por la izquierda.

ANA

Buenas tardes, don Claudio.

DON CLAUDIO

Sentándose en un sillón.

¡Caray! ¿Qué novedá es ésta, picarona? ¿Y el «por siempre»? ¿No se dice «por siempre» como es de ley cuando alguien saluda alabando al Señor?... Las buenas tardes se dan luego, hijita.

ANA

Perdone usté.

DON CLAUDIO

Entre severo e indulgente.

De otras cosas tendré que perdonarte; pero en el sitio debido. En el sitio debido... si logro verte en él, pecadorcilla. ¿Cuántos años hace...?

ANA

Interrumpiéndole con viveza.

No, no. Me confesé la última vez en febrero. Hace ocho meses. Y si usted supiera...

Entra en el patio por la derecha un mocito cincuentón, esbelto y ágil, y tan generoso de su palabra, tan dilapidador de su alegría y tan apasionado para todo como un doncel de veinte abriles. Este viejo-niño es Juan Herrera.

JUAN

Desde el patio.

Pero ¿ya llegó mi San Claudio? *Metiéndose en la habitación.* ¡Por vida de los moros! ¡Esto de que sea yo siempre el faltón que tarda!...

DON CLAUDIO

Pero, hijo, si no es la hora.

JUAN

Menos mal. ¿Ha venío usté antes pa meter en cintura a esta madama de la media almendra? Porque ya hace algún tiempo que está más triste que la luz de un cirio. *A ella.* ¿Qué tienes, monería?

ANA

Procurando sonreír.

Nada.

JUAN

Nada. Nunca tiene ná, y al parecer, nunca rompe un plato. Pero con ese tipo de paloma es una aguililla ladronzuela que le clava a uno los ojos y le derrite el corazón. *A la moza.* ¿Qué, has derretío hoy muchos?

ANA

Diviértase, diviértase usté.

JUAN

¿Y dónde dejamos el hoyito? ¿Ve usté, amigo San Claudio, esta preciosidá de hoyo que luce en la barba?

ANA

Al cura, que se ríe.

Pero si es una viruela loca.

JUAN

Con gracejo.

Naturalmente. Al nacer donde ha nacío, ¿no se iba a volver loca de alegría? *A Don Claudio.* Pues en ese hoyo se quisiera enterrar medio pueblo. ¡Hasta Matías!

DON CLAUDIO

Basta, caray, que la azoras con tus tontadas. Y ya que has nombrado a Matías, enséñame los papelotes, si no has cambiado de opinión.

JUAN

No, señor. Y si tó no me favoreciera, como va usté a comprobar, no iría al pleito con ese pajarraco.

Salen por la derecha: Ana coge el cesto de la ropa, sale por la izquierda y retorna en seguida. Pero antes Eugenio, tembloroso y desemblantado, entra por el arco de la izquierda. Ana, al verle, ahoga un grito de pavor.

EUGENIO

¡No grites!

ANA

Con angustia.

¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

EUGENIO

¿Volvió mi padre?

ANA

Pero ¿qué has hecho? ¡Habla, por Dios!

EUGENIO

Con exaltación.

¡Defenderme! ¡Defender mi vida! ¡He defendío mi vida porque lo primero es vivir! ¡Si tenía que pasar lo que ha pasao! ¿Es que iba yo a aguantar que te rondase en mis hocicos? ¿Es que iba yo a consentir que te deshonrara con su maldita lengua?... ¡Quia! Y como a mis razones contestó con insultos, y a mis insultos con guantadas, y a mis guantadas con tiros... ¡Pues pa que no me matara le maté yo!

ANA

Sollozando.

¡Dios mío! ¡Madre Santísima de las Angustias!

EUGENIO

Con feroz ironía.

¡Ya dieron fin las bravatas y las calumnias, compadre! ¡Ya no se moverá, pa hacer daño, la víbora que ties en la boca! ¡Se acabó!

ANA

Con desesperación.

Pero ¿que no se ha acabao, Eugenio? ¿Qué va a ser ahora de ti? ¿Y sin ti, qué hago yo?

EUGENIO

Con frenética rabia.

¡Por ese bandido! ¡Ay, si tuviese una vida por ca uno de sus cabellos pa que estuviera yo matándolo hasta que me ahogara en su sangre!

ANA

¿Qué hago yo? ¿Quién me tenderá la mano? ¿Quién se compadecerá de mí?

EUGENIO

¡To el que me quiera! ¡To el que no esté reñío con la honradez!

ANA

Pero ¿y cuando nazca?...

EUGENIO

Interrumpiéndola.

¡No me hables de eso! ¡Por él le he matao también, porque también le ofendía persiguiéndote!

ANA

Sollozando.

¡Qué pena, Eugenio! ¡Qué pena!

EUGENIO

Trémulo.

¡Sí, qué pena! Pero trágate ahora la pena y no te quejes, y no me quites con tus lágrimas la valentía que necesito pa huir. *Con furor.* ¡Quiero huir! Mientras me quede un soplo de vida, no me dejaré prender!

ANA

Secándose los ojos.

Y aquí ¿quién va a prenderte? ¿Eres tú un asesino? ¿No has obrao en tu defensa?... ¡Que te salve tu padre! Ahí está con don Claudio.

EUGENIO

Avísale y vete en seguida. *Abrazándola y besándola.* ¡Y perdóname! Perdóname aunque me haya portao mal. ¡Perdóname ya que te he perdio porque te quiero con toas las fuerzas de mi alma!

Sale Ana por la derecha. Retorna inmediatamente con Juan y don Claudio, y vuelve a salir por la puerta de la izquierda.

JUAN

Alarmado.

¿Por qué llora Anita? *Al notar la turbación de Eugenio.* Y a ti ¿qué te ocurre? *Eugenio le mira y rompe de súbito a llorar.* ¡Eugenio! *Abrazándole, profundamente emocionado.* ¡Eugenio, hijo mío!

EUGENIO

Avergonzado y colérico.

¡Seré sucio y mandria y mujerzuela!

JUAN

Con una alarma cada vez mayor.

Vamos, explícate. Tú no eres una mujerzuela. Pa que tú llores tié que haberse hundío el mundo. ¿Cómo se ha hundío el mundo pa ti?

DON CLAUDIO

Tímidamente.

Hasta luego.

EUGENIO

Sujetándole.

No, no, don Claudio. No se vaya, que no es el verle a usté lo que me paraliza, sino la pena y la rabia que me están consumiendo. Quédese usté y oiga lo que voy a decir. *A Juan, con resolución.* Yo que he sío ligero algunas veces, nunca he tenío mal fondo y nunca le he dao un disgusto grave. ¿No es así?

JUAN

Así es. Pero ¿qué quies comunicarme? ¿Que vas a dármelo ahora?

EUGENIO

Sí, señor. Aplanao, avergonzao, casi con miedo; pero seguro de que usté me comprenderá. Quisieron avasallarme, y pegó un bote mi orgullo, y se me subió la sangre a la cabeza... y ya sabe usté lo que ocurre cuando el orgullo tapa el hueco de la reflexión.

JUAN

Secamente.

Habla. ¿Quién te quiso avasallar?

EUGENIO

Matías.

JUAN

Con asombro.

¿Matías? Un pretendiente de Ana, ¿iba a querer avasallarte?

EUGENIO

Con tremenda exaltación.

¡Pero si ése era el motivo! ¿No cae usté? ¡Porque le prohibí que la persiguiera! ¡Porque le eché de casa y siguió viniendo a escondías! ¡Porque hoy, al sorprenderle, me afrentó burlándose de mí!

JUAN

Con terrible ansiedad.

¿Y... le has matao?

EUGENIO

Mostrándole el sombrero agujereado por una bala.

Defendiéndome. ¡Ahí está la prueba de que disparó antes que yo!

Don Claudio se santigua.

JUAN

Con doloroso abatimiento.

¡Jesús! ¡Jesús!... Como un guapo de taberna, como un pelafustán que na tuviera que perder. ¡Matar a un hombre! ¡Matar a un hombre mi hijo!... ¡Mi hijo, pa quien yo quería la flor de to lo bueno del mundo!

EUGENIO

¡Calma, padre! ¡Tenga usté calma!

JUAN

Y tú, ¿por qué no la has tenío?

EUGENIO

Suplicante.

¡No me aflija usted más!

JUAN

A don Claudio.

¿Le oye usté?... Me deja solo, con una pesadumbre que acabará conmigo, y me pide que no le aflija...

EUGENIO

No pierda la serenidá, no me acobarde acobardándose, ¡ya que lo hecho no se pué deshacer! ¡Ayúdeme! *Con selvática resolución.* ¡No quiero ir a presidio! ¡Me mataré antes que ir a presidio!

JUAN

Con amargura.

¡Así! ¡Como los valentones sin trampa! Un tiro en la sien y to queda arreglao. ¡Y el que nos hizo nacer, que entierre su propia sangre y sus propios huesos, y con sus huesos y su carne, su esperanza, y con su esperanza su vida!

EUGENIO

Abrazándole y llorando.

¡Padre, perdón, perdón!...

JUAN

Entre colérico y angustiado.

¡Matarle... pudiéndole yo matar!

EUGENIO

¡Perdóneme, perdóneme!

DON CLAUDIO

Separándoles con dulce autoridad.

Vamos, calma. Ahora soy yo el que os exige que no perdáis la calma. A ti, especialmente, Juan. Eugenio está en peligro y debe huir.

JUAN

Reponiéndose.

Tié usté razón. Por fortuna acabo de cobrar el grano y me coge con to el dinero encima. *Dándole a Eugenio un abultado sobre.* Ten. Ahí llevas dos mil duros. Anda.

EUGENIO

Cuando le confiese algo que no debo ocultar.

JUAN

¿Hay más toavía?

EUGENIO

Hay más toavía... y peor que lo que ya he declarao.

DON CLAUDIO

¿Ana?

EUGENIO

Sí, señor. De ella voy a hablar. Por defenderla me he perdío, y espero que cuando sepa la gente lo que ha de saber...

JUAN

Severo.

¿Y qué es lo que ha de saber la gente?

DON CLAUDIO

Que tiene derecho a ser tu hija. *Al muchacho.* ¿Me equivoco?

EUGENIO

Bajanda la cabeza abatido.

No, señor.

JUAN

Después de unos instantes de silencio.

Está bien. Dependiendo de ti, porque depende, por su orfandá, de tu padre, y viviendo a tu lao, no la has querido respetar. ¡Está bien!

EUGENIO

Con energía.

Es que, precisamente porque el vivir a su lao me ayudó a conocerla, me enamoré. ¡Es mi único delito, y usté sin darse cuenta me empujó a cometerlo! ¡Usté! ¿Me hubiese dejao casarme con Ana? ¡Diga la verdá!

JUAN

¿Comprometío con otra?

EUGENIO

¡Pues por eso la comprometí a ella! Pa romper con un compromiso de honra un compromiso de vanidá. Pero la comprometí seguro de que usté tomaría por hija a la que tuviese derecho a ser su hija.

JUAN

Y ahora, ¿cómo la tomaré? ¿Y sin tomarla,

qué padre tendrá mi nieto? ¡Tú mismo le has quitao el padre! ¡Tú mismo te has matao!

DON CLAUDIO

Con triste severidad.

Y lo más duro no es que te hayas matado, moralmente. Lo más duro es que al abusar del cariño de Ana, la has matado también, echándola del mundo de las personas honestas, y has matado igualmente a tu hijo antes de nacer, privándole de la honra al darle la vida.

EUGENIO

Con angustia.

Pero ustedes no les negarán su amparo; ustedes les salvarán... Con su experiencia, usté, don Claudio, y usté, padre, con su valentía. ¡Piensen en ellos y no en mí; en lo que a ellos les convenga na más, como si estuviese yo sepultao!

DON CLAUDIO

¿Renunciando tú a ellos para siempre?

EUGENIO

¿Pero es que ya no los he perdío pa siempre?

Bruno entra con precipitación por el arco de la

izquierda. Viste como un campesino asalariado que es, y tiene las facciones duras y la mirada leal.

BRUNO

Jadeante.

Señor Juan, señor Juan...

JUAN

Amedrentado.

¿Qué pasa?

BRUNO

Un notición, señor Juan. Que han asesinado a Matías.

JUAN

¿Quién te lo ha dicho?

BRUNO

Estos *Por los ojos.* que lo han descubierto a la entrá del Coto. Iba con mi hermano hacia la choza, atravesamos por el monte, pa cortar, y, junto a una encina, tropecé con él. ¡Nunca he visto más sangre, señor Juan! ¡Una laguna de sangre, señores!

JUAN

¿Y tu hermano?

BRUNO

Ahí está en la boega esperándome. Porque a mí me paece que lo más acertao es que nos presentemos al juez los dos.

JUAN

Pero a mí no me lo parece, Bruno.

BRUNO

Sorpiendido.

¿Pues...?

JUAN

Porque te necesito. Que se presente sólo tu hermano; que ni te nombre siquiera, y que declare lo que ha descubierto. Que a Matías Garcés le han matao. ¡Y naa más!

BRUNO

Con asombro.

¿Y qué más pué decir? ¿Sabemos algo más?

JUAN

El no sabrá más por ahora. Tú, sí; tú debes saber que el que ha matado—porque mereció la muerte—a Matías, es cosa nuestra. Es Eugenio.

BRUNO

Pasmado.

¡Ugenio!

JUAN

Con una palabra que se te escape, nos pues hundir.

BRUNO

Dignamente.

Si temiese usté que me se escapara, me dolería la azvertencia.

JUAN

Cierto es, Bruno; de ti naa temo. Y disimula.

BRUNO

¿Pa qué me necesita usté?

JUAN

Pa que pongas a mi hijo en Portugal antes de que amanezca.

BRUNO

Descuide, que nuestro sol no ha de calentarnos mañana. Y voy a ensillar los caballos.

Sale a escape por el arco de la izquierda.

JUAN

A Eugenio.

Anda, tú. *Al notar que vacila.* Derecho al campo. Sin verla. Despedirse es peor. Las mujeres lloran... y las lágrimas achican el ánimo. Anda ya.

EUGENIO

Sumiso.

Como usté mande. ¿Un abrazo?

JUAN

Abrazándole y hablando con una voz trémula de emoción.

A mi, sí. Pero nosotros, Eugenio, somos hombres. Abraza también a don Claudio.

DON CLAUDIO

Apretándole contra su corazón.

Que Dios te ayude, hijo mío.

EUGENIO

Con lágrimas en la voz.

Pídaselo usté.

Procurando no llorar, sale por el arco de la izquierda. Hay unos segundos de silencio. Juan, con los ojos arrasados y las piernas vacilantes, se aproxima a un sillón y se sienta para no caer.

DON CLAUDIO

Conmovido.

Vamos, vamos, Juan.

JUAN

Rehaciéndose en el acto con terrible entereza.

Es mi único hijo. Le cortan a este tronco su última rama.

DON CLAUDIO

¿Y la otra?... Vas a tener un nieto.

JUAN

Es verdá, don Claudio. Voy a tener un nieto y le recibiré como es debido.

DON CLAUDIO

Tú, sí; pero ¿le recibirán como es debido los demás?

JUAN

Y eso ¿quién lo remedia?

DON CLAUDIO

Lo remediará el que le encuentre un padre.

JUAN

Mirándole con fijeza.

Claréese usté, don Claudio.

DON CLAUDIO

Pero, en lo que he dicho, ¿no hay claridad?... para que no se hundan con Eugenio Anita y su hijo, hay que buscarle un esposo a Anita. ¿Lo buscamos? Es decir, antes de que enterada la gente calumnie y escandalice, ¿buscamos la honra que se ha perdido?

JUAN

Pero ¿dónde está ese esposo? En el pueblo, fuera parte de tres o cuatro granujas con los que yo no quiero tratar, ¿quién se prestaría al enjuague? Y como no se pué admitir a ningún granuja, porque el remedio sería peor que la enfermèdá...

DON CLAUDIO

¿Y si diera yo con una persona decente?

JUAN

¿Y consentiría un hombre cabal en...?

DON CLAUDIO

Interrumpiéndole.

¿Te parece Bruno un hombre cabal? Y contándole lo que ha pasado, ¿se negaría a casarse con Ana?

JUAN

Alegre en medio de su tristeza.

¡Dios mismo le ha iluminado! No, señor. No se negará. Y como es bueno entre los buenos, sabrá hacerla feliz. *Llamando desde la puerta de la iz-*

quierda. Ana, Ana. *Entra Ana muy pálida y con los ojos enrojecidos.* Bésale la mano a don Claudio, que te acaba de salvar. *Respondiendo a una interrogación muda de ella.* Bésale la mano, que pronto te unirá a un hombre bueno. Y no llores ni te acobardes, y, sobre todo, no expliques ná. Las explicaciones sobran.

ANA

Con un gesto de rebeldía.

Un hombre bueno, señor Juan, no me querría por mujer. Y si me quisiera, no le querría yo.

JUAN

Con una punta de acritud.

Necesitando un marío, ¿no le querrías?... Piensa bien lo que dices. Eugenio na nos ha ocultao al confesar y sé que te hace falta un padre pa tu hijo.

ANA

Pero... yo preferiría vivir sola con una miseria que usté me señalase, o trabajando. El día de mañana, ¿quién sabe lo que ocurrirá? ¿No puede volver Eugenio?

DON CLAUDIO

¿Entre civiles y para ir a presidio?... Pídele a Dios que no vuelva. Y más que de él y más que de ti, preocúpate de la criatura inocente que ha de llegar; de vuestra víctima.

ANA

Con invencible tozudez.

No, señor. No mo convencerá usted. ¡No es posible que me convenza!... Después de lo pasao, ¿podía yo mirar a mi marido sin avergonzarme? Y si un día riñéramos y me echase en cara mi culpa, ¿cómo seguiría viviendo yo?

DON CLAUDIO

Benévolamente.

Seguirías viviendo con humildad, con paciencia, con resignación.

ANA

Sublevándose.

¡Pero si es imposible! ¡Cómo he de ser yo esposa de un hombre adorando a otro! ¡Mi cara, en el espejo, me parecería la de una perdida!

DON CLAUDIO

Impresionado.

¿Estás loca?

ANA

¡Compraría la honra pagando con mi cuerpo! ¡Y pagar con el cuerpo es deshonrarse! No, don Claudio, no. No me amparen ustedes de ese modo, porque yo me figuro que soy más honrada quedándome deshonrada y que así defiendo mejor a mi hijo.

JUAN

¿Dejándole sin padre?

ANA

Pero, ¿sería para él un padre el que le reconociera? ¿Daría por él su vida como un padre?... Y en cambio, si le odiara...

DON CLAUDIO

Podía ser, aunque yo te destinaba a Bruno, que es incapaz de odiar. Pero, si no con él, te casarás con otro.

ANA

Impaciente.

Pero entonces...

DON CLAUDIO

Con firmeza.

¡Silencio! Escucha y después protestarás, si te atreves. Te casarás con otro, pero con otro al que mirarás sin avergonzarte, con otro que renunciaría a sus derechos de marido si se acordara de tales derechos, con otro que para tu hijo tendrá un corazón paternal.

ANA

¿No se burla usté? ¿Es ese otro una persona de carne y hueso? ¿No estará en un altar?

DON CLAUDIO

Con indulgencia.

Ese otro que es de carne y hueso, está aquí. Y no he de ser yo.

Hay unos instantes de silencio. Ana y Juan se contemplan confusos y asombrados.

JUAN

Con una indecisión hija de la sorpresa.

¡Don Claudio!... Pero, ¿cree usted seriamente...?

DON CLAUDIO

Creo seriamente que la honra de esta criatura y de su hijo, a nadie le interesa más que a ti. Ahora, que si te parece el sacrificio muy grande...

JUAN

Con resolución.

Aunque me pareceira una montaña. ¡Usté es quién pa mandar y ha mandao! *A ella.* Cuenta conmigo.

Ana, arrodillándose, le coge las manos, se las besa y rompe a llorar.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la misma habitación. Todo está igual, si no tuviera la vejez de los años más encima. Ana, junto al velador, mira afectuosamente a Juan, que extrae de un paquete un corte de traje de seda gris obscura, muy lujoso. La muchacha, que ha embarnecido y está bellísima, viste de luto y en sus humildes arreos no se nota ni un asomo de presunción. En cambio, Juan, en el que se observa que se preocupa mucho del aliño de su persona, está más viejo—diez años más viejo—y más flaco, y ha perdido con la alegría la costumbre de sonreir.

JUAN

¿Le has avisado a la modista?... A ver si se larga del pueblo sin servirte.

ANA

Con indiferencia.

No, no. Vendrá.

JUAN

Por el traje.

Pero, míralo, mujer. Vamos, ¿saldrá alguien con más pompa que tú el día de la función?

ANA

Lo llevaría más a gusto si fuese negro.

JUAN

Con disgusto.

¡Y dale! ¿No es casi negro? Ya hace dos años que se llevó Dios a tu madre y al niño. Conque basta de negruras.

ANA

No. Yo llevaré luto siempre... por todos, si no me manda usté que me lo quite.

JUAN

Disimulando su amargura.

¡Mandar! ¿Cuándo he mandao yo? ¿Sé yo mandar?

ANA

Porque un corazón como el suyo no se encuentra.

JUAN

Si yo supiese mandar, te mandaría que pasearas, que estuvieras alegre, que cantaras igual que un colorín...

ANA

Melancólicamente.

¿Y no valdría yo muy poco si le obedeciera?

JUAN

¿Por qué? ¿Has hecho tú algo malo?... ¡Si tú no tiés culpa de na!

ANA

¿Y qué culpa es la suya? Y sin embargo, no es usté ni su sombra.

JUAN

Porque me pesan ya los años.

ANA

¿Los años? ¿Y hace dos estaba como un chiquillo?... Diga usté las penas.

JUAN

¿Pa mentir? ¿Qué penas tengo yo? ¿No se ha curao Matías? ¿Y habla de perseguir a Eugenio?... Pues con su curación, y sin el golpe de la denuncia, ¿qué penas puedo yo tener?... Es la edá, que aunque uno ilusionao quiera engañarse, ve que es viejo, Anita.

ANA

Pa viejo porque no es feliz. Y usté empezó a notar que no era feliz a los seis o siete meses de nuestra boda, cuando sin miedo ya por Eugenio, se dió cuenta de su situación, porque le hizo darse cuenta un malvao.

JUAN

Encogiéndose de hombros.

¿Otra vez?

ANA

¡Y mil! Como que es la verdá pura. Hasta que enterao como to el mundo de que nuestro ma-

trimonio no era un matrimonio cabal, principió el Canalero a perseguirme, no cayó usté en que le había costao la felicidá el casamiento.

JUAN

¿Y caí porque te pretendía un títere?... ¡Ana, por Dios! Nos han echao las bendiciones, y aunque realmente no seas mi mujer, no he de consentir que te crea a su alcance ningún bruto. Mirarte de mala manera es poner en mi dignidá las manos... ¡y al que las ponga se las corto! Por eso le avisé al Canalero rompiéndole unas costillas. Pero ni me hizo caer en na ese trasto ni me quitó las ganas de comer y de dormir. Y de la felicidá no hablemos.

ANA

El no le quitaría nada, pero su acción ¿no le abrió a usté los ojos?... Y se acordó al defenderme de quien me debía defender... y pensó en lo que había perdido.

JUAN

Con impaciencia.

¡Ya está! ¡El cuento de siempre!

ANA

No es cuento. ¿Es que usté no se hubiera casao con Encarnación? ¿No se enamoró?

JUAN

Desdeñoso.

Chismes de la gente. ¡Mentiras!

ANA

Con firmeza.

No. Se hubiera usté casao, y al verse como se ve, y al repudrirse por bondá, pa no echarme na en cara, es lo que le agria a usté el genio y le avejenta.

JUAN

Irónico.

Búrlate. Como si tú creyeras que los que se arriman al medio siglo se puen enamorar. No, paloma; se reirían mucho de uno. A mi edá cría uno los hijos o juega uno con los nietos. Y si no hay nietos ni hijos, hay otra cosa que consuela: el trabajo. Metiéndose en trabajo hasta la coronilla, nadie es infeliz.

Carmen, que entra en el patio por la derecha, se mete canturreando en la habitación. Es una

palurda, coloradita, con mucho aceite en el pelo y bastante cochambrosa.

CARMEN

Señor Juan, que está ahí enfrente el maestro albañil pa ver los depósitos de la bodega.

JUAN

Voy allá.

Atraviesa el patio y sale por la derecha.

CARMEN

¿Quié usted que planche?

ANA

¿Hay algo que planchar?

CARMEN

Hoy, no, señora.

ANA

Entonces...

CARMEN

Tamién es verdá. Pos barreré el patio, que toavía no lo he barrío.

Sale por el fondo, y en seguida entra Eugenio por el arco de la izquierda. Trae empolvados el traje y las botas, que son viejos, como el sombrerillo con que se cubre.

EUGENIO

Enronquecido por la emoción.

¡Ana!... ¡Ana!

Ella al verle da un grito, e instintivamente retrocede empavorecida.

ANA

Trémula.

¿Cómo te has atrevido, Eugenio...?

EUGENIO

Apasionadamente.

No podía resistir más.

ANA

Llorando.

¿Cómo te has atrevido?

EUGENIO

¡Quería verte, quería ver a mi padre, quería pisar mi casa!

ANA

Con angustia.

¿Y pa que te prendan, sin pensar en nada, sin ocultarte, de día, te metes aquí?

EUGENIO

No me prenderán, no tengas miedo. He venío por el coto pa que no me vean; estoy en él desde anoche, en la casilla de Bruno, y en la casilla me esconderé hasta que éntre en el pueblo sin tapujos, que es mi esperanza.

ANA

¿Y cómo vas a entrar sin tapujos?

EUGENIO

Con el perdón de Matías. *Impacientado por un gesto dubitativo de Ana.* ¿Por qué no me ha de perdonar? El no haberme denunciao, ¿no indica que se ha convencío de que fué suya la culpa, o de los dos, pero no mía solamente?

ANA

¿Y si no te denunció porque no te podían prender?

EUGENIO

Lo veremos. Le he mandao una carta fechá en la capital, valiéndome de Bruno, y por Bruno recibiré la contestación.

ANA

¿Y por qué no la has aguardao en la capital, y por qué no te has valío de tu padre?

EUGENIO

¿Y el dinero pa aguardar? El último me lo gasté en el tren. Y de mi padre no me he valío por ahorrarme el disgusto de que, sabiendo que estaba aquí, temiese que me fueran a trincar.

ANA

¿Y no lo temes tú? *A la moza que los mira desde el patio.* Ven, Carmen.

Entra Carmen en la habitación.

CARMEN

Sí, señora.

ANA

Este es el hijo del amo.

CARMEN

Le he conocío, sí, señora.

ANA

Pues pa que no le descubran, cierra el portón. Fíjate en quién viene, por la mirilla, y si alguien entra, avísanos antes de abrir.

CARMEN

Sí, señora.

Vuelve al patio y sale por la derecha.

EUGENIO

Ardorosamente cogiéndole las manos, y con un tono de humilde súplica.

¡Ana!...

ANA

Con triste severidad.

¡Eugenio!

EUGENIO

Con lágrimas en la voz.

¡Ya no soy na pa ti!

ANA

Conteniéndose.

¿Estás loco?... Eres muchas cosas pa mí; pero sobre toas esas cosas eres pa mí el hijo de mi marido. Fíjate, Eugenio. El hijo de mi marido.

EUGENIO

Apasionadamente.

Pero fíjate también en que mi padre, que se casó por salvarnos, en realidá no es tu marío.

ANA

¿Y qué importa eso? ¿No se hincó de rodillas en la iglesia junto a mí?... Pues a los dos nos amarró la bendición del cura. Y, si no le quiero como una esposa, le respeto como una esposa. ¿Hago mal?

EUGENIO

Harás bien. Pero no me negarás que nos han perdío por salvarnos. Esto es como darle alas a

una golondrina pa que no vuele, y vista a un ciego pa que no mire.

ANA

Tampoco puede volar ni mirar tu padre. Es la ley, Eugenio. Cuanto pasó está enterrao.

EUGENIO

Con amargura.

Sí. Lo que hicieron las personas... y diría yo que hasta las personas mismas. Pero es la ley. Y mi castigo.

ANA

El nuestro. Y nuestra obligación.

Carmen entra en el patio por la derecha y se aproxima rápidamente a la habitación.

CARMEN

¡Que viene Matías con el señor Juan!

ANA

A Eugenio.

Sube al sobrado. Yo estaré en mi alcoba hasta

que se vaya. *Sale Eugenio por la puerta de la izquierda. Al sonar la aldabilla del portón.* Abre. Y ojo con hablar.

Sale Ana por el arco de la izquierda. Carmen abre el portón y entran por la derecha en el patio y pasan a la habitación la muchachita, que se va inmediatamente por el arco de la izquierda, Juan y Matías. En éste no ha dejado ni la más leve huella la enfermedad.

JUAN

¿Nos encerramos en la sala?

MATÍAS

¿Pa qué? Aquí, ¿quién nos va o oir? Y, si nos oyeran, nos oiría el ama de la casa. Y lo que voy a consultarle, quizá piense usté, porque tos no pensamos lo mismo, que pa el ama no tie que ser un secreto. Ahora, que tampoco es pa vocearlo en mitá de la calle.

JUAN

Con el recelo del que presiente algo desagradable. Siéntese usté. Le escucho.

MATÍAS

Con afabilidad.

Sin preocupación, que no le voy a soltar un escopetazo. *Después de sentarse y de ofrecerle un cigarrillo.* La cosa pué ser mala y pué no ser mala. Y si le pareciese mala, en su mano está impedir que lo sea.

JUAN

Suélteme el escopetazo.

MATÍAS

Riéndose.

Pero, hombre, Juan... *Bonachón.* Bueno, la noticia sí es un escopetazo, pero como tropieza usté conmigo, que es como tropezar con una malva...

JUAN

Gravemente.

Déjese usté de requilorios y suéltemelo.

MATÍAS

Pues aguante. Ugenio está en la capital.

JUAN

Sorprendido y amedrentado.

¿Quién le ha osequiao con ese embuste, amigo Matías? Eugenio está en América.

MATÍAS

Su hijo llegó anteanoche a la capital y no soy yo quien lo asegura, sino él. *Sacando una carta.* Y lo asegura en esta carta que acaban de entregarme.

JUAN

Receloso.

¿Y mi hijo le escribe a usté y a mi no?

MATÍAS

Malignamente.

Y me pide además que usté no lo sepa. ¿Motivos? El dice que por no asustarle o no disgustarle. Y éstos serán, y yo no tengo derecho a buscar otros, porque si los buscara, obraría con malicia; pero tampoco tengo derecho a ser reservao con usté en asunto de esta importancia, y máxime habiendo decidío maniobrar, no con arreglo a mi conveniencia, sino con arreglo a la

de usté. *Después de unos segundos de silencio.* No es pa ponerse así, Juan. Y decidiéndome yo por usté, menos. Si le hago piloto de la barca, ¿no será usté el que marque el rumbo? Animo, Juan, y no se ponga así.

JUAN

Expláyese, Matías. No sé por qué verea me quié llevar. Estoy atontao. ¿Con qué idea le ha escrito Eugenio?

MATÍAS

¡Me hace gracia la pregunta! Pues con la idea de que le perdone pa colarse aquí de rondón. Y este es el problema, porque yo le perdonaré o no le perdonaré, según caigan las pesas en sus platillos, Juan. ¿Me comprende?

JUAN

Del tó, no le comprendo todavía.

MATÍAS

¿Recuerda la contestación que le dí, hace año y medio, cuando, seguro usté ya de que no me moría, fué a visitarme?

JUAN

Como si la acabara de oir. Usté me contestó que no había pensao en denunciar a mi hijo.

MATÍAS

Con viveza.

Pero añadí que tampoco había pensao en perdonarle.

JUAN

Justo. Por eso le mandé que no viniera; por miedo a que usté le matase, por miedo a que fuera usté el muerto y él no pudiese huir como huyó la otra vez; por miedo—he de confesarlo—de que cambiara usté de opinión y le echase a presidio por no pelear.

MATÍAS

¡Hombre, que mi camino fué y será siempre el derecho!... Negué el perdón porque me quería vengar, acordándome de que estuve seis meses con un pie en la sepultura; pero me quería vengar a lo caballeroso; peleando como peleé el día que me desafió y metiéndole en el pecho dos balas por ca una de las que él consiguió meterme.

JUAN

¿Y sigue usté con esas intenciones?

MATÍAS

¿Yo? ¿Una criatura de mi pulso iba a pasar dos años con una bestialidá semejante en la cabeza?... Ugenio, que se portó como se portaría cualquiera a quien le rondan la novia, me hirió cara a cara. Sin pedirme perdón, hace ya mucho tiempo que le había perdonao.

JUAN

Con menos alegría de la que quisiera sentir.

¿Entonces?...

MATÍAS

¡Caray, Juan, seamos claros! Una cosa es que yo perdone a Ugenio y otra mu diferente es que yo le esté agradecío... porque al fin él hizo too lo que pudo pa que yo le diese trabajo al enterraor. Pero, si a él no le estoy agradecío, a usté le estoy más que agradecío, porque usté, ansioso de premiarme por mi prudencia, me ahorró un pleito que me hubiese costao con seguridá unos miles de duros.

JUAN

¿Y qué tiene que ver...?

MATÍAS

Dolorido.

¡Pero, hombre, Juan, caray!... Que haya franqueza. ¿No la merezco yo? ¿O es que yo hago mal en ser franco? Si hago mal, disimule, porque ca uno es como es, y siendo como Dios le ha criao se morirá. Y a lo que iba. A mí lo que me preocupa de esta carta es el daño que a usté le pué causar. Y me preocupa porque entre usté y Ugenio, me quedo con usté. Conque, se lo repito, claridá. ¿Le perdono? *Al notar la estupefacción de su amigo.* Sin hipocresía, Juan; que en este momento mi corazón pa usté es el de un hermano. ¿Le perdono? ¿Le conviene a usté que le perdone?

JUAN

¿Que si me conviene que perdone usté a mi Eugenio? *Casi con indignación.* ¿No es un agravio esa pregunta?

MATÍAS

Con la amargura de la criatura honesta de quien se desconfía.

No. Siguiendo así, compañero, cerraré el pico.

¡No parece sino que soy yo un trasto al que na se le pué confiar, o un bruto que na comprende!

JUAN

El que no comprende, el que de pasmo no pué ni reflexionar, soy yo... ¿Por qué no me ha de convenir el perdón de mi hijo? No me convendría si no le quisiera. Pero ¿se figura usté que no le quiero?

MATÍAS

Basta, amigo Juan, basta; y si se le antoja, pégueme usté unos cogotazos, por torpe. Pero me disculpa una cosilla; que, la verdá, después de lo pasao creí...

JUAN

¿Qué creyó usté?

MATÍAS

Como si por un escrúpulo de delicadeza guardara silencio.

No, no. Nada. ¿Pa qué voy a seguir? Cuando usté no cae... Y que quizás yo, en su caso, y tratándose de un hijo, no cayera tampoco. O pué que no me importara, si caía.

JUAN

Impaciente.

Sí caía, ¿en qué? ¿Qué es lo que puć que no le importara?... No me martirice más y diga lo que se haya empeñao en decir con esa claridá y esa franqueza que me está pidiendo. Porque me imagino que voy comprendiéndole... y de comprenderle ¡me asusto!

MATÍAS

No es pa tanto. Y ahí va, dicho claramente y francamente, lo que le debo decir. Siendo hoy su mujer la que lo fué de su hijo, ¿le conviene que vuelva?

JUAN

Paralizado por la brutalidad de la pregunta y conturbado por un sentimiento impuro que va apoderándose de su corazón.

Si Ana fuese, de verdá, mi mujer...

MATÍAS

Lo es en la Iglesia y en el Juzgao. Y si no lo es en la casa... peor pa el que piense a mi manera. Porque si hasta los santos sufrieron tenta-

ciones, ¿qué les pasará a los que na tienen de santos?

JUAN

Reponiéndose avergonzado de su debilidad.

Mu lejos ha ido usté. Tan lejos, que ahora es pa mí cuestión de vida o muerte que venga mi hijo. Y no es porque no me importe lo que usté se figura, que pué ocurrir. ¡Es porque no ocurrirá!

MATÍAS

Sonriéndose bonachonamente.

Es usté de lo que no se encorambra. Enhorabuena, Juan. *Dándole una carta.* Y ahí va el indulto. Como le conozco, traía la carta escrita. Y ya que me he quitao de encima lo que necesitaba quitarme—el peso de la responsabilidá—venga un abrazo.

JUAN

Abrazándole.

¿Me acompaña usté? Hay que mandar el indulto ahora mismo.

MATÍAS

Le aguardaré en el lagar. Ya habrán acarreao

mi uva, y Bruno y yo tenemos que ajustar cuentas.

JUAN

Hasta luego entonces.

MATÍAS

Hasta luego. *Sale Juan por el fondo y desaparece por la derecha.* ¡Sí, sí, sonríete! Pero la llaga la tiés en mitá del pecho, y de tal modo has de agrandártela, que por ella se te verá el corazón!

Entra Ana por el arco de la izquierda.

ANA

Buenos días.

MATÍAS

Dios te guarde.

ANA

¿No estaba Juan con usté?

MATÍAS

Ha salio... Bueno, si no te conociera diría que

ha salio pa traerte un regalo, pero como te conozco, sé que Ugenio no es un regalo pa ti.

ANA

Gravemente.

No lo es.

MATÍAS

Desconcertado porque contaba con sorprenderla.

¡Ah! Pero ¿no dices más? ¿No se te ocurre preguntarme? ¿Ni curiosidá tienes?

ANA

Dueña de si misma.

¿Y qué le he de preguntar? ¿Acaso no sé que Eugenio no puede venir sin que usté le perdone?... Luego el ir su padre por él, significa que usté le ha perdonao.

MATÍAS

Mirándola con fijeza.

Y... ¿he hecho bien? ¿Qué opinas tú?

ANA

Con frialdad.

Que to el que perdona obra bien.

MATÍAS

¿Aunque del perdón, que es un buen grano de trigo, brote una mala yerba?

ANA

El trigo da trigo siempre.

MATÍAS

Con lentitud.

¿No me entiendes o no me quiés entender? *Después de unos instantes de silencio.* Escucha una cosa que parece que no viene a naa. Cuenta conmigo, acude a mí en cualquier apuro.

ANA

Altivamente.

¿A usté?

MATÍAS

Sin alterarse.

Es una pena que no te fíes de mí, porque to iría mejor si te fiaras.

ANA

Irónica.

¿Pa usté?

MATÍAS

No me agravies, ya que no te agravio yo. Te quise y te quiero y te querré, porque este cariño que ni a balazos han podio sacarme del cuerpo, es mayor que mi voluntá; pero desde que te casaste te he mirao como a una Virgen, y hoy lo único que me preocupa es que tos se preocupen de tu felicidá.

ANA

Con amargura.

¿De mi felicidá?

MATÍAS

O de tu tranquilidá, por lo menos, si no eres

feliz. Y si Ugenio volviera enamorao, ¿qué sería de esa tranquilidá tuya?

ANA

En un tono incisivo.

¿Cree usté que me la robaría deshonrando a su padre?

MATÍAS

Creo que un enamorao es un loco.

ANA

Entonces, usté ¿es un loco?

MATÍAS

Con firmeza.

¡Si me quisieras como quieres a Ugenio, lo sería!

ANA

Pues no lo será Eugenio. Y eso demuestra que no hay un hombre más honrao que él.

MATÍAS

¿Viviendo su padre?... No lo habría si no viviese Juan.

Entra Eugenio por la puerta de la izquierda.

EUGENIO

Gracias, Matías.

MATÍAS

Retrocediendo involuntariamente con un asombro en el que hay algo de temor.

¡Ugenio! *Reponiéndose en el acto.* ¡Ah! De manera que...

EUGENIO

Que confiando en usté, en vez de aguardar su contestación, he venío por ella.

MATÍAS

Efusivo.

¡Hombre!... ¡No te pués imaginar lo que me satisface tu confianza! Y si me has escuchao...

EUGENIO

Desde que entró Anita. *El hastial suspira tranquilizado.* Creí que se habían ustedes ido, y bajé. Y le aseguro que me estoy curando de mi enamoramiento pa no ser un loco... y por to le repito las gracias. No sabía yo cómo era usté.

MATÍAS

Pues como los que no tienen hueco este lao. *Por el corazón.* Como tú, próximamente. Sino que reflexiono más que tú, porque soy más viejo. *Riéndose.* Ventaja que te cedería. Y pelillos a la mar. *Tendiéndole la diestra.* Aquí está mi mano.

EUGENIO

Conmovido.

Vale usté más que yo, Matías.

MATÍAS

¡Ah! ¿Sí?... Entonces no te doy la mano. Te doy un abrazo porque lo merece el piropo.

EUGENIO

Abrazándole.

Dios se lo pague.

MATÍAS

Me lo pagará. Pero ayúdale tú, no echando a perder mi faena. Habilidá, Ugenio, que el mundo es de los listos. Y con tu padre, mucho ojo. Estúdiale, obsérvale, no sueltes una palabra sin pesarla en tu interior.

EUGENIO

Intranquilo.

¿Por qué?

MATÍAS

¿Por qué?... Pero ¿es que Juan y tú seréis de aquí en adelante como son los padres y los hijos?... Camará, que usas unos pantalones mu largos pa hablar como un parvulito

EUGENIO

Yo...

Confuso.

MATÍAS

¿Tú te figuras que tu padre, con lo que te quiere, podrá olvidar que te ha quitao la mujer?

EUGENIO

Con viveza.

Es que no me ha quitao la mujer.

MATÍAS

Malignamente.

¡Cómo! ¿Ana es tuya?

EUGENIO

Vergonzoso.

Demasiao sabe usté...

MATÍAS

Pues por eso, porque estoy en autos de to y porque me sé a tu padre de memoria, meto mi cucharada en esta cazuela. Tu padre, sin quitarte a la mujer—tú me entiendes—, y sin querer quitártela, te la ha quitao. Es su esposa, y ni muriéndose él pué ser ya la tuya. Y esa fatalidá es la que le pone blanco el pelo y negro el corazón, como a mí me los pondría. Esa fatalidá y no otras intenciones—¡qué horror!—porque si os ha perdío fué por salvar a ésta.

EUGENIO

Sí, señor.

MATÍAS

Conque mucha habilidá, mucho cuidao y tiento hasta pa lo más mínimo. La cara humilde, la palabra alegre, los ojos confiados. Y manteniéndote en un pie, como las grullas, sobre too en el trato con Ana, procura que, viéndote cariñoso con ella, se asegure de tu perdón. Y... casi no me atrevo a decírtelo...

EUGENIO

Hable usté, que no es un desagradecío el que le escucha.

MATÍAS

Disimulando la maldad de la recomendación con una sonrisa bonachona.

Verdá que no lo eres. Y como tampoco eres una criatura cerrá de mollera, te lo diré: no tengas celos.

EUGENIO

Más avergonzado que iracundo.

¿Celos de él, Matías?

MATÍAS

Enérgico.

¡De él y hasta del aire que respire Ana, porque si estás curándote, todavía no te has curao! Ca hombre lleva un enemigo en su interior, sino que en algunos este enemigo se pudre con ellos en el ataú, sin haber despertao en la vida, y en otros despierta y lo deshace too como una racha de solano. Que tu enemigo no despierte, pa que el de tu padre siga durmiendo.

ANA

Acongojada.

¿Por qué nos asusta usté?

EUGENIO

Con encogimiento.

Yo no soy un malvao.

MATÍAS

Ni tu padre. Y sin embargo, su enemigo, que es la soberbia, se le pondría de pie en el corazón en cuanto te descuidaras. No te descuides. Es decir, no huyas de Anita, pero no la busques; no seas despegao con ella, pero guárdate de mi-

marla, y, sobre to, si alguna vez estáis a solas—como estaréis, por vivir juntos—, no lo digas.

ANA

Sublevándose.

Pero señor...

MATÍAS

Atajándola con autoridad.

Ni tú tampoco. ¿Te figuras que le gustaría a tu marido?... Y empieza por no decirle a tu padre que viste a Ana antes de verle a él, y que te escondió.

EUGENIO

Con la misma timidez que si fuera culpable.

Es que me ha escondío...

MATÍAS

Interrumpiéndole.

¿Me hacen a mí falta explicaciones?... *A la mujer al sonar la aldabilla del portón.* Y vete, por si es Juan.

EUGENIO

Viendo que Ana le interroga con los ojos.

Vete. Será mejor.

Sale Ana por el arco de la izquierda, y Matías cruza el patio para abrir el portón.

MATÍAS

Alegremente

Prepárese pa una sorpresa, Juan. *A Eugenio.* Tú, sorpresa, ¿no has oído?

Eugenio, anhelante, corre hacia el patio al entrar Juan seguido por don Claudio, y le abraza trémulo de emoción.

EUGENIO

¡Padre, padre!

JUAN

Con menos enternecimiento que sorpresa.

¡Eugenio! ¡Hijo mío!

DON CLAUDIO

Y para este viejo infeliz, ¿no hay nada?

EUGENIO

Abrazándole.

Don Claudio...

JUAN

Pero ¿cómo has venido sin?...

MATÍAS

Risueño.

¿Sin el indulto? Pues pa hacernos perder la carta y el viaje de quien la lleve. Y pa algo más: pa darme un alegrón, porque al venir por la respuesta, ha demostrado que se fia de mí. *A Juan.* Vaya, otro apretujón si se le antoja, que me lo llevo.

JUAN

Sorprendido.

¿Usté?

MATÍAS

Sonriéndose.

No se espante, que le devolveré la prenda. Me lo llevo pa que le dé un abrazo mi hermana,

que toavía le masca sin tragarle, y quedemos así en paz y en gracia de Dios.

DON CLAUDIO

Al mozo.

Eso es lo primero. Ve.

MATÍAS

¿Y no será lo segundo que nos vea el pueblo en amor y compaña pa que le dé su mercao a los chismosos?... ¡Hale, Ugenio! Y destapa el costal de la risa, porque van a osequiarnos con ca mohín... Más de uno y más de una, reducíos al silencio, se envenenarán con su propia lengua. *Cogiéndole por el brazo.* ¡Hale!

Van hacia el patio para salir por la derecha.

JUAN

Meditabundo después de un corto silencio.

No la hemos llamao.

DON CLAUDIO

Luego la verá.

JUAN

Sí. Pa diez minutos que tarde... *Dolorosamente después de una pausa.* ¡Es increible!

DON CLAUDIO

¿Qué?

JUAN

Sin mirar al sacerdote.

¡Es increible! ¡Es una vergüenza increible, increible, increible!

DON CLAUDIO

Alarmado.

¿Qué tienes, Juan?

JUAN

Procurando rehacerse.

¡Na! ¡No tengo na! ¡No puedo tener na, porque no soy una fiera! Soy un hombre, ni mejor ni peor que los otros hombres... y si esto no se me pasara... ¡Pero se me pasará o me romperé la cabeza!

DON CLAUDIO

¿Qué es lo que se te pasará?

JUAN

A punto de llorar.

Me romperé la cabeza. ¡Es horrible, espantoso! ¡Es pa sacarse el corazón del pecho y patearlo!

DON CLAUDIO

Trémulo.

Háblame, Juan. Yo no soy para ti un sacerdote únicamente; soy también un amigo.

JUAN

Exaltado.

Porque no me conoce usté. *Colpeándose la frente.* ¡Porque no sabe usté lo que hay aquí! Cuando le abracé, ¿no me miraba? ¿Y no se fijó usté en que la cara se me habia encapotao al verle?

DON CLAUDIO

Con dolor.

¿Al ver a tu hijo?

JUAN

¡Al ver a mi hijo, al ver a mi hijo! ¡Si ya tenia el puñal clavao cuando entró! ¿Te conviene que vuelva?, me preguntaba hace media hora Matías, y le contesté yo, como si me enfadase la pregunta: ¿No me ha de convenir? ¡Y no me convenía! Y pidiéndole que perdonara, ¡espántese usté!, me escocía en el fondo que perdonara.

DON CLAUDIO

Con horror.

¡Juan!

JUAN

Con un dolor trágico.

¿Por qué me pasa esto? ¿Qué es lo que me ha cambiao lo que en los hombres no cambia nunca?... He querío a Eugenio como no se pué querer más. Cuando él nació, creí que se había agrandao la tierra; y cuando estuvo a la muerte, pensé que entre las sábanas de su cuna iba a morirse el mundo. Era mi ilusión y mi orgullo... y le acabo de abrazar no como se abraza a la propia carne, sino como se abraza a una carne enemiga.

DON CLAUDIO

Con energía.

¡No, Juan, no!

JUAN

¡Sí, don Claudio! He pretendío mirarle como a un hijo, y le he mirao como a un hombre. He pretendío recordar sus caricias de pequeñín, sus listezas de chiquillo y sus atrevimientos de muchacho, y sólo he recordao la pregunta: ¿Te conviene que vuelva?, pa contestarme que no, que no me conviene. ¿No es espantoso? ¿Qué es esto que me ha ennegrecío hasta la luz del sol? *Llorando con rabia.* ¡Estoy embrujao, estoy embrujao, estoy embrujao!

DON CLAUDIO

Con hondísima tristeza.

No, Juan; estás enamorado.

JUAN

Con tanta vergüenza como ira.

¿Qué dice usté? ¿Por quién me toma usté?

DON CLAUDIO

Con mansedumbre.

Estás enamorado y lo estarás aunque me insultes y me pegues.

JUAN

Conteniéndose.

¿Insultarle a usté?... A otro le arrancaría la lengua, pero a usté, que es un santo y que es mi amigo... Ahora, que reflexione por Dios y no me agravie, que no lo merezco. Bien sabe que la idea del casorio no se me ocurrió.

DON CLAUDIO

Se me ocurrió a mi. Pero te casé con Anita para que no se avergonzara, para que protegieras a tu nieto y para que junto a ella fueses un padre y no un marido.

JUAN

¿Y se figura usté...?

DON CLAUDIO

Yo te hago justicia. Le hago justicia a tu honradez y a tu lealtad... y te compadezco. Pero la

compasión no me ha de impedir que te ordene, y con toda mi energía, que le pongas una mordaza a tu corazón. Se te ha sublevado y hay que reducirlo. Pórtate como quien eres, Juan.

JUAN

¡Pero si usté se equivoca! ¡Si no estoy enamorao!... ¿Iba yo a escoger lo que antes escogió mi hijo?... ¿Soy yo capaz de esa infamia? ¡Es que estoy embrujao! Y porque estoy embrujao, no se me ablandan las entrañas delante de él y me duele que esté aquí.

DON CLAUDIO

Severo.

Te repito que te portes como quien eres, Juan.

JUAN

Y eso ¿qué significa? Porque fíjese en que hoy, a pesar de los pesares, Ana es mi mujer. ¡Mi mujer! ¡Mi mujer!

DON CLAUDIO

Recriminándole con dulzura

¿Y temes que te deshonre tu hijo?... ¡Hermano, hermano, líbrate de estos torpes recelos!

JUAN

Conteniendo los sollozos.

¿Y cómo, y cómo? ¡Me da asco de mi suciedá! ¡Me da asco de mi bajunería! ¡Tengo agusanao el corazón!

DON CLAUDIO

Pero alégrate, porque ahora que lo has descubierto, sanarás. Pídeselo a Dios y sé firme y voluntarioso.

JUAN

Con energía.

No me faltará la voluntá.

Entra Eugenio en el patio por la derecha y pasa inmediatamente a la habitación.

DON CLAUDIO

¿Qué tal la hermana?

EUGENIO

Tan buena como el propio Matías. *Esforzándose por sonreir.* Ya se arregló tó, padre.

JUAN

Sombriamente.

Sí. Lo que tenía arreglo, ya se arregló. *Abrazándole de súbito y hablándole con la voz mojada en lágrimas.* ¡No me guardes rencor!

EUGENIO

Conmovido.

¡Padre!

JUAN

¡Te juro que no fué mía la culpa! Creímos que te denunciaría en sus últimos instantes, que no podrías volver...

EUGENIO

No siga usté, por lo que más quiera. ¿No sé acaso que usté se sacrificó? La culpa no ha sío de nadie, o ha sío de mi genio. Y no hay que desenterrar lo que Dios ha enterrao... ¡El sabrá por qué!

JUAN

Con una sombra de recelo.

¿La has visto ya?

EUGENIO

Con firmeza.

No, señor.

DON CLAUDIO

Ahí viene. *Llamando desde el arco de la izquierda.* Anita, Anita. *Entra Ana: la violencia que la causa verse entre Eugenio y su padre, la toma Juan por sorpresa, y esta interpretación le impide sospechar que se han visto.* Salúdale, mujer. *Animando a Eugenio con su sonrisa.* ¿Y tú, qué haces?

EUGENIO

Con alguna timidez, ofreciendo la diestra a Ana.

¿Cómo estás?

JUAN

¿La mano? Siendo mi mujer es como si fuera tu madre. *Empujando al mozo.* Abrázala.

Se abrazan con encogimiento; Juan sonríe, pero clavándose en el pecho las uñas dolorido y celoso.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la misma estancia; las flores del patio, que empiezan a amustiarse, ateridas, exhalan sus últimos aromas entre la tibia luz de un pálido otoñal. Ana, que luce el traje gris de seda, y que ha doblado la mantilla cuidadosamente, va a salir por la izquierda, cuando Eugenio, también con los trapitos de cristianar encima, entra por el fondo.

EUGENIO

Ceñudo.

Hazme el favor.

ANA

Cohibida.

Tu padre está en el lagar. Y si entra y nos ve solos...

EUGENIO

¡Qué crimen! ¿eh?

ANA

Como a él se lo parece... Le diré a Carmen que barra el patio.

EUGENIO

Con amarga ironía.

Pa que nos vigile, ¿verdá? Porque, sin testigos, ¿qué harían dos criminales como nosotros? *Con resolución.* No, no; deja a la muchacha. Y que nos sorprenda mi padre, si nos espía. Me da igual, porque me voy. Pronto y pa siempre.

ANA

Inmutándose.

¿Otra mala novedá?

EUGENIO

¿Pero pasamos algún día tranquilos...? Otra mala novedá. Y tan mala que acabó con mi aguante. Ha sío por el Canalero, que escupe hiel pura desde que mi padre le pateó.

ANA

¿Y te ha desafiao?

EUGENIO

¡Ojalá! Me ha cogío al salir de la iglesia, y delante de to el mundo, envalentonao por la bebida, el muy canalla me ha pedio perdón por... ¿no te lo figuras?, por haber requebrao a «mi mujer». A «mi mujer», ¿comprendes? Pero esto no fué na comparao con lo que largó cuando le dije que le hacía desbarrar la borrachera. Pareció que se había roto un sumidero. Que mi padre me había robao la hembra: que si ahora no chistaba, por temor, me asesinaría en cuanto pudiese; que conociendo nosotros sus intenciones, le daríamos un jicarazo pa querernos con tranquilidá... Y claro, le pegué pa que se callara, y disparó pa asustarme, y perdí los estribos y le quebré los dientes con su misma pistola.

ANA

Con temor.

¡Dios mío, cuando lo sepa!... ¡Dios mío!

EUGENIO

Un poco desdeñoso.

Cuando lo sepa, sabrá también que me voy.

ANA

Y tu ida, ¿no dará el mayor escándalo?

EUGENIO

Quizás. Pero como será el último... ¡Si no debí volver! ¡Si mi brutalidá no tié perdón!

ANA

Sí, vete. Pa estar como estamos... ¡Yo no puedo más! ¡Esto de vivir como criminales, sin ser criminales, pesa demasiao, señor!

EUGENIO

¿Sin ser criminales? No lo serás tú. Yo lo soy. Yo lo soy, porque aunque ya estés pa mí más alta que las estrellas, te quiero.

ANA

¿Y no te quiero yo? Pero ¿acaso me comprometí a no quererte?... Que me pidan fidelidá. Bien. Ahora, que no me exijan olvido. ¿Qué más desearía yo que perder la memoria o morirme?

EUGENIO

¡Morir! ¡Ese es el remedio único!

ANA

Sombriamente.

Pa mí, porque todo caerá sobre mis espaldas.

EUGENIO

No, en eso no ties razón. ¿Por qué ha de caer?

ANA

¡Por qué!... ¡Por qué!... Antes ¿qué erais tu padre y tú? Una persona con dos cuerpos; un corazón y un alma pa dos cuerpos. Y hoy cada uno tiene su corazón y su alma... ¡porque vine yo aquí!

EUGENIO

¡No! Porque mi padre ha cambiao. ¿La razón? No la sé. Lo que sé es que no se fía de mí; que a mí, a su hijo, a la criatura que más le quiere y le respeta, le mira como miraría un marido celoso a un hombre enamorao de su mujer. Y fíjate en mi cara y verás que sólo de figurarme lo que se figura, me la pone colorá la vergüenza.

Entra en el patio por la derecha Matías. Viste de negro y con pujos de elegancia.

ANA

Al verle.

¡Calla!

MATÍAS

Socarronamente al entrar en la habitación.

Hola, tórtolos.

EUGENIO

Adusto.

¡Alto, Matías! Se les llama tórtolos a los que se arrullan y nosotros no nos arrullamos.

MATÍAS

Risueño.

¿Te vas a ofender?

EUGENIO

Por lo que me hiera, aunque me pegara usté, no; pero por lo que hiera a la mujer de mi padre, que heriría a mi padre, sí.

MATÍAS

Fingiendo un noble enfado.

Hombre, merecías que te contestara en serio por desconsiderao y por picajoso. ¿No has comprendío que hablaba con cáscara? He dicho hola, tórtolos por no decir hola, hienas; hola, tigres, ya que os tratáis como supongo yo que se tratarán los tigres y las hienas.

EUGENIO

Medio corrido.

Siendo asi, dispénseme usté.

MATÍAS

En hombre superior.

¿Ves, Ugenio? ¿Qué necesidá tenias de disculparte?... Mide los conceptos y pesa las palabras. Y ¡ojo! que no es que te aconseje yo pensando en mí, puesto que conmigo siempre estarás disculpao; sino pensando en los demás y especialmente en tu padre. En tu padre, porque lo que hacéis Ana y tú, ¡qué demonio! ¿No es pa que sospechara hasta un marido de mármol?

EUGENIO

Confuso.

¿Qué hago yo?

MATÍAS

¡Caray, hombre, Ugenio!

ANA

No, no. Conteste. ¿Qué hacemos? ¡Conteste!

MATÍAS

Con una resolución toda bonachonería.

Pues tú, tener la cara de vinagre desde que amanece Dios hasta que te acuestas; callar cuando se habla de Ugenio; no mirarle ni por casualidá... Y como él también se calla si recae sobre ti la conversación, y como tampoco te mira, y como el vinagre de su cara es más de yema que el de la tuya, ¿qué va a imaginarse Juan? Lo que se imaginaría cualquiera: que no le habéis perdonao, que os estorba...

ANA

¡Matías!

MATÍAS

¡Pero si parece que os empeñáis en buscar conflictos! La faena que Ugenio se cargó esta mañana, ¿tié disculpa?... *Dirigiéndose al mozo.* Y que el tropezón, hijo mío, es de mal arreglo. No quería referirme a él, pero las palabras se me pudrirían en la boca y me harían daño. ¿Por qué no dejaste pasar el chaparrón?

EUGENIO

Con acritud.

¿Pude?

MATÍAS

Por lo menos, pa no mojarte, pudiste abrir el paraguas. A la prudencia me refiero.

EUGENIO

¿Largándome?

MATÍAS

A un borrachín se le huye, sin que con la huída se pierda na. Pero, amigo, te empeñaste en defender a ésta...

EUGENIO

Más que a Anita, a mi padre.

MATÍAS

¿Y te figuras que la defensa le hará gracia?

Juan, que viste el terno de las grandes solemnidades, entra por el arco de la izquierda. Trae los ojos llenos de cólera y los labios apretados como para impedir que se le escapen las palabras hirientes. Al ver a Matías procura disimular.

JUAN

Celebro encontrarle aquí, porque le quiero consultar sobre un asuntillo. Espéreme, si no tié prisa.

MATÍAS

Ninguna.

JUAN

A Eugenio.

En el lagar están pesando. Haces falta.

Salen Juan y Eugenio por el arco de la izquierda.

MATÍAS

Fingiendo una triste preocupación.

Esto va como un caballo desbocao.

ANA

Ya se cansará el caballo de correr.

MATÍAS

¿Y si no se cansa o revienta llevándote en el lomo...? No te fíes, que son muchos los látigos y las espuelas que lo castigan. Ya se ha echao sobre vosotros el pueblo en masa.

ANA

¿Y qué le hemos de hacer?

MATÍAS

Si tú no fueses como los corderos—que lamen la mano que les va a degollar—te aconsejaría que te defendieras.

ANA

Fríamente.

Pues si soy así... Y que nadie me va a dego-

llar. No he hecho daño y no tengo enemigos. *Después de una pausa.* Ni usté debe ser enemigo mío.

MATÍAS

Algo desconcertado.

¿Yo?

ANA

Porque si a usté le hirieron por mí, yo no le dí alas pa que me pretendiera. Y además, que al herirle a usté, a mí me mataron.

MATÍAS

Y curao ya ¿no me vi muerto también?... De ese modo, media humanidá está muerta. Tú perdiste a Ugenio y yo me quedé sin ti, ganándome encima dos balazos; pero tú perdiste a Ugenio teniéndole, y yo no perdí más que la esperanza de tenerte. Y como la diferencia era mucha, te indemnicé.

ANA

Adusta y recelosa.

¿Cómo? ¿Cree usté que me ha hecho un favor perdonando a Eugenio?

MATÍAS

Eso es lo que me apena. Que por ir de buena fe, en vez de hacerte un favor te he perjudicao.

ANA

No. Perjudicarme, tampoco.

MATÍAS

Si, te he perjudicao, porque tos los quita honras del pueblo están cebándose en ti. ¿Y quién presume lo que pué pasar con lo manilargo que es Ugenio y con el genial que tié su padre? *Como si le hubiese ocurrido un pensamiento salvador.* Si tú quisieras...

ANA

¿Qué?

MATÍAS

Si tú quisieras o pudieras escucharme como a un hermano...

ANA

Intencionadamente.

O como a un padre. ¿Por qué no?

MATÍAS

Pues si me escucharas así, con absoluta confianza, te recomendaría que te marchases.

ANA

Con asombro.

¿De aquí?

MATÍAS

De esta casa y de este pueblo. ¿Pa qué? Si no fueras como eres, te diría que pa ser feliz. Siendo como eres, te diré que pa que los demás no sean desdichaos. *Persuasivamente.* Vamos a ver, entre Ugenio y Juan ¿hay el trato que debe haber entre los padres y los hijos? No. Y no se miran como hijo y padre porque los chismosos aseguran que Ugenio y tú .. ¿Estamos? Y aunque ni se arrime el dicho a la verdá—que bien sé que no se arrima—, un esposo es siempre un esposo. Esposo antes que padre, si le hurgan en la dignidá, porque en los hombres el orgullo pué cien veces más que el cariño.

ANA

Con firmeza.

Si por mí se odiasen, me iría. *Desafiándole.* Pero sola.

MATÍAS

Como si le encendiese una generosísima indignación.

¡Ya está! ¡Ya salió a relucir la sospecha! «¡Sola!» Esto es, sin mí. ¡Como si hubiese aconsejao pa aprovecharme!... No, mujer, no. Te marcharías sola. Claro es que yo, que tengo una casa en un pueblo desde el cual ni se divisa el tren y que está de aqui a doscientas leguas, si me lo pidieses, te llevaría a ese nido. Pero acompañándonos mi hermana y sin que esperase tanto así de premio. Porque tú eres honrá; pero no me ganas a honradez.

ANA

Mirándole con fijeza.

¡Y pensar que hasta ahora no he acabao de conocerle! Yo no le tenia por bueno; pero ¿cómo me iba a imaginar que era usté un demonio?

MATÍAS

Como si se hubiese emocionado.

¡Ana!

ANA

Con agresivo desdén.

¿Cómo iba a adivinar lo que se proponía...? Pero no conseguirá usted nada. Ni colocará frente a frente a Eugenio y a mi marido, pa perderlos con sus maldades, que es lo que ha intentao, ni logrará que yo, despreciada y aborrecida, caiga en su poder. ¡Ellos no olvidarán que su sangre es la misma, y yo me creería más honrada que entre sus manos de usté vendiéndome por los caminos.

MATÍAS

Simulando con cierta habilidad que le abruma el dolor.

¡Bien, preciosa, bien! Ya... el salivazo es lo único que falta. ¡Escúpeme, escúpele a este mal bicho traicionero y cobarde! *Pasándose el pañuelo por los ojos como si en sus lagrimales pudiera haber la más leve humedad.* Dudas. Yo creí que por lo menos mi hombría de bien era una cosa indiscutible... Y soy un Judas, un fariseo, una bestia feroz. *Levantando los ojos con la expresión de un mártir.* Paciencia, que arriba está, con la balanza que no marra, el que a tos ha de juzgarnos.

ANA

Bajando la voz porque ve a Juan.

Cuando nadie nos interrumpa, seguiremos esta conversación.

Sale por la puerta de la izquierda.

MATÍAS

Con un rencor diabólico.

¡Tú te arrepentirás! ¡Pero será tarde cuando te arrepientas, imbécil!

Entra Juan por el arco de la izquierda.

JUAN

Me han entretenío los pisaores. Dispense. ¿Tié algo que hacer?

MATÍAS

Escucharle.

Con una serenidad absoluta.

JUAN

Entonces, asiento. *Se sientan junto al velador.* Usté supondrá lo que voy a preguntarle.

MATÍAS

Después de aparentar que reflexiona.

No caigo, Juan.

JUAN

¿Habiendo presenciao lo del Canalero?

MATÍAS

Como si le asquease la conducta de la multitud.

¡Cochina gente!... ¿Ya le han ido a usté con el cuento? ¡Si en este poblacho no se pué vivir!

JUAN

Me han referío el cuento y me han referio también otras particularidaes. Y, como me interesa, le agradecería que me informara.

MATÍAS

Como si le contrariase la petición.

En mí manda usté. Pero, ¿es que le van a servir mis informes?... Cuando se anda con la mosca en la oreja, lo más mínimo le roba a uno la tranquilidá.

JUAN

Pa el que inora lo que quié saber, porque debe saberlo, no hay tranquilidá, Matias. Conque abra el pico. El Canalero, ¿estuvo anoche en su casa de usté?

MATÍAS

No.

JUAN

Eso no es de amigos, Matías. Estuvo. Le vieron salir a las doce.

MATÍAS

Soñarían que le vieron.

JUAN

Adusto.

Bruno, que fué el que le vió, no sueña.

MATÍAS

Fingiendo que se azora.

¡Maldito sea el poblacho mil veces!... Pues sí, señor, estuvo. Y estuvo porque yo le llevé, por-

que como él es un bestia, empezó a desbarrar a costa de ustedes en la rebotica, y quise ponerle un freno. Porque yo, cuando le digo a una persona que soy su amigo, soy su amigo hasta la paré de enfrente, Juan.

JUAN

Gracias, Matías. Y vengan los informes. ¿A santo de qué desbarraba?

MATÍAS

Pero, criatura, ¿no le pegó usté? Si usté no lo recuerda, él, que es más rencoroso que un mulo, lo tié mu presente. Y así, al volver Ugenio, se relamió como un zorro delante de un gazapillo, figurándose que por estar aquí el muchacho gracias a mi caridá, no se atrevería ni a levantarle la voz, aunque él, por vengarse, ensuciara a tos ustedes, en público, con sus mentiras. Y Ugenio, efectivamente, no levantó la voz. Pero ¡levantó la mano con unas agallas, y la dejó caer con un brío!...

JUAN

Fríamente.

Propasándose, porque me tocaba a mí pegar como el más insultado que era.

MATÍAS

Con un candor admirablemente fingido.

¿Usté el insultao? ¿Quién le ha dicho semejante infundio? ¡Pero si a usté ni le ofendió, Juan Quería vengarse de usté con su hijo, y a él y na más que a él le sacudió el solano. El era el perverso, el infame sin moralidá ni religión. ¿Pero usté?... ¡Pues si hasta dijo que usté, encariñao con ellos como un padre, les dejaba quererse!

JUAN

Trémulo de cólera.

Ese dicho es el que hay que poner en claro, porque él aseguró que le costaba. ¡Lo juro! Si usté no ve la maldá, yo sí la veo.

MATÍAS

Como azorado.

Hombre, Juan...

JUAN

¿Pa qué afirma que yo, encariñao con ellos como un padre, les dejo quererse? Pa que se tome ese embuste por una verdá, y pa que así nos hundamos tos hasta la boca en el mismo cieno. Por eso yo voy a exigirle pruebas.

MATÍAS

¿Y qué va usté a sacar en limpio? Le contará lo que ya le ha contao a medio pueblo pa demostrar que la parejita se arrulla, y chanfli.

JUAN

¿Y qué es lo que ya ha contao?

MATÍAS

Tonteras. Que el día que llegó entró Ugenio aquí, escondiéndose por los corrales, y que él, que le habia seguío por curiosidá, le vió por ese arco cuando abrazaba a Anita. *Riéndose.* Crímenes horrorosos, ¿verdá?

JUAN

Conteniéndose, pero lívido de angustia.

Pa unos serán crímenes y pa otros no serán crímenes.

MATÍAS

Asestándole otra puñalada.

¡Pa nadie, Juan! Se escondió por miedo a que yo le descubriera, y si la abrazó, que de eso ya no estoy seguro...

JUAN

Pero de lo otro, de que entró a escondías, si está seguro.

MATÍAS

¿Y qué?

Como si no comprendiera el alcance de su afirmación.

JUAN

Con moderación.

Que pa mentir—y no quiero ofenderle—hace falta más memoria.

MATÍAS

¡Juan!

JUAN

Al día siguiente de venir Eugenio, usté—y sin que yo se lo preguntara—me dijo que había entrao por la puerta de la calle estando usté en esta habitación.

MATÍAS

Como si le pensara contradecir.

Vamos por partes.

JUAN

Y añadió usté que cuando entré yo acababa de llegar. ¿A qué viene ese engaño?

MATÍAS

Con generoso desabrimiento del hombre de bien que confiesa un error.

¡Merecía que me ahorcasen por idiota! ¿Quién me manda salirme de mi camino?... Pero, en fin, me disculpa mi intención, que era honrá. *Apuñalándole de nuevo.* Figúrese que aquel día estaba yo preguntándole a Anita por usté, cuando Ugenio, que se había escondío en su alcoba, se me presentó.

JUAN

Enronqueciendo de súbito.

¡Ah! ¡Salía de mi alcoba!

MATÍAS

Como si no le hubiese oido.

Me indigné, la verdá, y con esta franqueza mía que tantos enemigos me ha proporcionao, les puse los puntos sobre las íes. «Caramba, hijitos, que no basta con tener buenas intenciones, porque de buenas intenciones está empedrado el Infierno. Que hay que estudiar lo que se habla, y hay que medir lo que se hace, y hay que mirar dónde se mete uno. En la alcoba de un matrimonio sólo entra el matrimonio, y pa entrar en la casa, al marido hay que saludarle antes que a la mujer.» Indirectas que cogieron en el aire los dos, que les hicieron pedirme, convencios por mis razones, que no dijera ná, que como yo no sospechaba ná de ellos, motivaron el que le engañase a usté en beneficio de toa la familia.

JUAN

Disimulando su creciente angustia.

Y usté, ¿por qué no sospechó ná malo?

MATÍAS

Hombre, Juan, caray, porque tengo sentío común. Entró en la casa a escondías huyendo de mí, y se coló en la alcoba cuando me sintió lla-

mar pa que yo no le descubriese. Lo hizo tó por miedo.

JUAN

Sombríamente.

¿Por miedo?... Le digo otra vez: Matías, que así no hablan los amigos. Si le tenia miedo, ¿cómo se le presentó? Con miedo, ¿no es lógico que hubiera continuao escondío?

MATÍAS

Cual si le hubiera aplastado la réplica.

Es verdá. *Enérgicamente y como si se rehiciera.* Pero de tos modos... ¡No, Juan! Es usté más listo que yo, tié usté más oratoria que yo y me ganará si discutimos. Por eso no discutiré. Ahora que, sin discutir, sostendré en lo más alto mi bandera. No es que yo—que no soy ciego—vaya a negar que se atraen los muchachos. Se atraen porque hubo lo que hubo y porque la juventú es la juventú. Pero más miraos y más decentes, ¿se encontrarian? ¡A que no!... ¡Y mal tiro me den por bruto! Vamos, mal tiro nos den—aunque fueran pa usté los tacos y pa mí la bala—, porque somos los culpables de lo que ocurre. Acuérdese de aquello que le pregunté. ¿Le conviene que vuelva?

JUAN

Sin dirigirse a él.

¡Era mi hijo!

MATÍAS

Enconándole las heridas.

Y es su hijo. Y esa es la suerte. Porque aunque usté quiera a la muchacha como un padre, si la rondase cualquiera se encelaría, que es lo natural. Pero ¿va a tener celos de su hijo? Pues en no habiendo celos... Y deje que se dispare mi franqueza; a usté, después de to, ¿qué le importa que critiquen los maliciosos? Y llego a más, ¡qué caray! Si se quieren los chicos, a usté ¿qué le importa que se quieran?

JUAN

A usté, en mi caso, ¿no le importaría?

MATÍAS

Riéndose.

Pero yo ¿soy tan bueno como usted?

JUAN

Conteniendo la cólera.

Quié decir tan simple, ¿verdá?... Porque un hombre bueno es un hombre simple. Pues se equivoca usté, Matías. No soy tan simple, y como no lo soy, me importa que critiquen los maliciosos y me importa que Ana y Eugenio se porten igual que si hubieran olvidao que soy su marido ella y él que soy su padre. Y de tal modo me importa, que ahora mismo voy a arreglar la cuestión.

MATÍAS

Como si se sobresaltara.

Con tiento.

JUAN

Estará el tiento en que no falte la claridá.

MATÍAS

Algunas veces la mucha claridá ciega.

JUAN

Resuelto.

Nunca me ha cegao y no creo que hoy me cie-

gue. Lo único que he de exigir es limpieza; que los que están junto a mí, vivan con limpieza. Y pa que vivan así, desde ahora ca uno ocupará su sitio y obrará con tanto miramiento como si fuesen de cristal estas paredes. *Dándole la mano.* Y gracias por sus informes, Matías.

MATÍAS

En el lagar aguardaré.

JUAN

Mándeme a Eugenio dentro de un rato.

MATÍAS

Bien.

Sale por el arco de la izquierda.

JUAN

Temblando de angustia.

¡Ilumíname, Dios mío! ¡Ayúdame! Ponle una careta a ca una de mis palabras y échale encima cien años a mi corazón pa que no me empuje. *Llamando desde la puerta de la izquierda.* ¡Ana!

ANA

Dentro.

En seguida voy.

JUAN

¡Calma, calma, calma!

Entra Ana por la puerta de la izquierda. Viste un traje casero de luto.

ANA

Con una inquietud que procura disimular.

Malo. No me gusta verle con ese fuño.

JUAN

Despechado.

Ni a mí tenerle.

ANA

Si no se fiara de cierta gente...

JUAN

Finamente irónico.

Sí; convendría que no me fiara... y de aquí en

adelante no me fiaré... *Quitándole acritud a la voz.* Y una pregunta, porque pa hacértela te he llamao. ¿Ties algún motivo de queja contra mí?

ANA

Sorprendida.

Ninguno. *Con súbita decisión.* ¿Y usté contra mí?

JUAN

Enardecido por el ataque.

¿Y si yo lo tuviese?

ANA

¡Ah!

Con la cobardía que produce lo inesperado.

JUAN

Pero, si yo lo tuviese, pué que creyeras que lo tenía sin razón, porque yo me comprometí a ser tu esposo sin serlo y tú no te comprometiste a ná.

ANA

Enérgica.

Conmigo misma, a respetarle y a quererle como a un padre.

JUAN

¡Justo! Como a un padre. Y así, quizás me hayas respetao. Pero en nuestra situación, ¿no debías haberme respetao como a un marío? ¿No debías haber mirao por mi honra como se mira por la honra de un marío?

ANA

Descompuesta.

¿Pero qué es lo que dice? ¿Qué he hecho pa que me escupa ese horror a la cara?

JUAN

Sarcástico.

¡Ah! ¿Tú no lo sabes?... ¡Pobre inocente, que no lo sabe!

ANA

Con fiereza.

¡No señor! ¡No lo sé! ¡No sé a qué se refiere!

Empavorecida. Porque al acusarme, como me acusa, no pensará en su hijo.

JUAN

Enardeciéndose.

¡Tú le has nombrao!

ANA

¡Yo, yo! ¡Sí!

JUAN

¿Y por qué le has nombrao? ¿No me das derecho a sospechar al nombrarle?

ANA

Retándole con el gesto.

A sospechar, ¿qué?

JUAN

Con violencia.

Que le quieres. ¡Ya está dicho! ¡Le quieres, le quieres! ¡Es mi hijo y le quieres!

ANA

Desafiándole.

¿Y prometí yo no quererle? ¡Le quiero y le querré viva y muerta! ¡En este mundo y en el otro! Pero este cariño ¿le disgusta a usted? ¿Le sorprende siquiera? ¡Se figura que no miro por su honra queriendo a Eugenio? ¡Declárelo usté! ¡Atrévase! ¡Diga si le deshonra este cariño que ni ha pecao ni pecará!

JUAN

Alterándose visiblemente.

Y el que exista, ¿no es ya un pecao?

ANA

Con acritud.

Si mi esposo fuese un hombre que me quisiera y al que debiese yo querer, lo sería. Pero... ¡es usté mi esposo!

JUAN

Despeñándose perturbado por los celos.

¡Un esposo ridículo! ¡Un esposo que no te podría querer porque hasta las piedras se reirían de sus arrugas y sus canas!

ANA

¡No! ¡Hasta las piedras llorarían! ¡No haría usté reir; haría usté llorar, porque yo fui la madre de su nieto!

JUAN

Procurando esconder su llaga.

¡Descuida, que nadie reirá ni llorará, porque si no fuese quien soy, mi vejez me amarraría! Quiere a mi hijo, pero sin olvidar que eres mi mujer. ¡Pa to el mundo! Y pa Eugenio más que pa to el mundo, ya que entre nosotros hay algo que no se pué dividir: la honra. Los tres tenemos la misma, y si uno la pierde, la pierden los demás. ¡Y yo no he de consentir que me la robéis!

ANA

Avergonzada y dolorida.

¿Nosotros?

JUAN

Reconcentradamente.

No he de consentir que me la robéis. ¡No soy un simple aunque lo parezca!

ANA

Pero...

Desconcertada.

JUAN

¡Tengo ojos que ven y oídos que oyen y fuerzas pa quebrar a los que intenten robarme... ¡Cumple con tu obligación, Ana!

ANA

Rehaciéndose.

¡Ah, no, no! ¡Esto no se puede aguantar! ¿Cuándo he faltao yo a mi obligación?

JUAN

¡Te repito que veo y oigo!

ANA

Pero ¿qué ve usté y a quién oye usté que me acuse? *Con valentía.* ¡No, no! Se habla con más claridá. ¿Cree que somos capaces Eugenio y yo...?

JUAN

¡Sí!

Interrumpiéndola con desatada furia.

ANA

Aterrada.

Pero entonces...

JUAN

Mordido por los celos con una angustia y una rabia que oscurecen su razón.

¡Sí, sí! ¡De to! ¡Habéis sío capaces de to!... Él, por quien hubiese yo perdío mi alma, y tú, un gusano al que recogí pa que fuera una mujer. *Ana rompe a llorar convulsivamente.* Llora, que también lloro yo; sino que tus lágrimas son de hiel y las mías son de sangre. ¡Llora pa mentir con los ojos después de haber mentío con la lengua, que ya no me engañarás! ¡Estás en la trampa! ¡Te han cogío en la trampa!

ANA

Limpiándose los ojos embravecida por la dignidad.

¿Quién? ¿Quién es el embustero malvao que lo dice?

JUAN

¡Ya, ya te lo traeré pa que te aplaste con la verdá! ¡Y la verdá es que te vió cuando le abrazabas!

ANA

¡Falso! ¡Es una calumnia!

JUAN

Aquí mismo, en la casa donde nací, sobre estas losas que pisó mi madre, entre estas paredes cargás de ilusiones mías. *Con un furor sollozante.* Aquí mismo abrazabas a otro.

ANA

Empavoreciéndose al adivinar de súbito lo que origina el dolor de su marido.

¿Qué es eso de a otro?... *Retrocediendo.* Pero... es horrible!

JUAN

¡Sí, horrible, horrible!

ANA

¡Es horrible porque habla usté como un enamorao!

JUAN

Reponiéndose al recibir el golpe y defendiéndose con tremenda energía.

¡Enamorao de mi honra!

ANA

¡De mí, de mí! ¡Y yo estaba tan ciega que no lo he visto! Se ha enamorao de mí... ¡y no se horroriza!

JUAN

Descomponiéndose.

¡Me he enamorao de mi dignidá!

ANA

Con desesperación.

Tiene celos de su hijo... ¡y no se horroriza!

JUAN

¡Tengo vergüenza, tengo decoro!

ANA

Llorando.

¡Celos, celos de su hijo!

JUAN

¡Calla! ¡No te levantes frente a mí como una víbora pa envenenarlo to! ¡Calla!

ANA

¡Celos, celos, celos!

JUAN

Enloquecido.

¡Repítelo y te ahogo! ¡Mírame así y te ahogo!

Eugenio, que entra por el arco de la izquierda, oye las últimas palabras de Juan, se aproxima instintivamente a la mujer como si fuera a defenderla.

EUGENIO

Terriblemente alterado.

¿Qué hace usté, padre? ¿Ha perdío usté el juicio?

JUAN

Furioso como si se sintiera abofeteado.

¿Qué ojos son ésos?

EUGENIO

¡Padre!

Furioso ante la amenaza.

JUAN

¿La vas a defender? ¿Vas a defender a esa perdía?

EUGENIO

¡Padre!

Amenazando sin querer.

JUAN

Zamarreándole:

¡Delante de mí bajas los ojos si no quieres que te los salte! ¡Pa mí no hay genio! *Derribándole de un empellón.* ¡A mí se me respeta! ¡Muévete y acabo contigo a taconazos!

EUGENIO

Con más dolor que ira.

Sálteme los ojos, aplásteme... ¡pero no la ofenda! ¡No sea usté injusto, por Dios!

JUAN

Ferozmente sarcástico.

¡Injusto! No te he arrancao a tiras el pellejo

pa hacer correas y azotarla... ¡y soy injusto! Vives después de haberme amenazao, ¡y soy injusto!

EUGENIO

Con punzante melancolía.

Maltráteme. Mis manos ante usté siempre tendrán la misma fuerza que cuando me cogió al venir al mundo. Si las levantase contra usté en un momento de locura, me las quemaría.

ANA

Sollozando.

¡Por mí, por mí!

EUGENIO

Arrodillado.

Que se vaya, padre. Me da vergüenza. Aunque habré merecido que me afrente usté... ¡me da vergüenza!

ANA

Corriendo hacia la puerta de la izquierda.

¡Por mí, por mí, por mí!

Sale sollozando tempestuosamente.

EUGENIO

Con lágrimas en la voz.

Entiérreme usté, padre. Abrame aquí mismo la fosa, porque estoy muerto.

JUAN

Levantándole enternecido, pero sin exteriorizar su enternecimiento.

Palabras no te faltarán.

EUGENIO

Llorando mansamente.

¡Estoy muerto! ¡Ya no soy hombre!

JUAN

Ahogándose de angustia.

Y yo ¿soy hombre?

EUGENIO

Usté ha sío pa mí padre, hermano, compañero... Y ahora de pronto...

JUAN

¿Y tú qué has sio pa mí?... ¡Si cuando naciste creí que el mundo entero se acababa de estrenar! ¡Si aquel día salió el sol con más juventú y hasta hizo Dios el milagro de que los árboles, las hierbas, los arroyos, hablaron pa felicitarme! ¡Ahí va Juan que ha tenio un hijo! ¡Enhorabuena, Juan! Y me quedé luego sin mujer y ya no hubo pa mí más que el hijo. Trabajar pa el hijo, sacrificarse pa el hijo, ganar honra pa el hijo... *Llorando.* ¡Y es el hijo el que me deshonra

EUGENIO

Con generosa indignación.

¡Pero si eso es una infamia! ¡Por la gloria de mi madre le juro que nos han calumniao!

JUAN

¡Si te han sorprendío besándola!

EUGENIO

¡No es verdá! ¡Miente el que lo diga! ¡Mintió el que se lo ha contao! ¡Póngame usté frente a él!

JUAN

Volviendo a embravecerse.

Y lo otro, lo del día que llegaste, ¿también es mentira? ¿No te escondió Ana? ¿Y no me dijiste que no la habías visto? ¡Niégalo, que no faltará quien lo pruebe!

EUGENIO

Comprendiendo de pronto en la red que le envuelve la obra de su enemigo.

¡Matías! ¡Se lo ha contao Matías!... Y se lo habrá contao a su modo; esto es, sin decirle que no me descubrió, sino que me presenté yo a él, lo que demuestra mi inocencia; sin decirle que entré aquí a escondías pa que usté no se asustara creyéndome en peligro, y sin decirle—y esto es lo principal—que le ocultamos a usté el habernos visto ¡porque él nos lo aconsejó!

JUAN

Con una mezcla de duda, pavor y enternecimiento.

¿No me engañas?

EUGENIO

Trémulo de angustia y de cólera.

¡Padre, padre, nos ha perdío! ¡Pa eso me perdonó! ¡Pa azuzarnos, pa encendernos la sangre, pa inutilizarnos!

JUAN

Conteniendo las lágrimas.

Y yo... ¡te he maltratao! *Golpeándose furioso y dolorido contra el corazón.* ¡Por éste!... ¡Porque le ayudó éste!

EUGENIO

Llorando.

¡Nos ha perdío, padre!

JUAN

Esperanzado.

¡Todavía no! *Torvamente.* ¡El sí que se ha perdío!

Y va a correr en busca de Matías, cuando se oye una detonación, y Eugenio, despavorido, se precipita en la habitación de Ana.

EUGENIO

Gritando al salir.

¡Ana! ¡Ana!

JUAN

Con una angustia infinita y tan trémulo que ni puede andar.

¡Qué ha sío!... ¡Qué ha sío!... ¡Di que no es Ana!... ¡Di que no es Ana!... ¡Di que no es Ana!

Entra Eugenio. Trae en brazos a Ana, que se ha herido en el pecho mortalmente.

EUGENIO

En un tono desgarrador.

¡Se ha matao!... ¡Se ha matao!

JUAN

Con una desesperación sobrehumana.

¡No, no, no, no!

Matías, corriendo, entra por el arco de la izquierda.

MATÍAS

¿Qué pasa?

EUGENIO

En un loco alarido.

¡Ah, bandido!

Empuñando una pistola sigue al hastial, que huye por donde entró, y segundos después suenan sus voces encendidas y unos disparos.

JUAN

¡Ana! ¡Ana! ¡Ana!

ANA

Moribunda.

Por mi .. Le odiaba usté por mí...

JUAN

Clavándose las uñas en el pecho sobre el corazón.

¡Por éste, que me ha embrujao! *Apuñalándose con una furia insensata.* ¡Por éste!... ¡Por éste!... ¡Por éste!...

TELÓN